



# BAJO LAS ESTRELLAS

CHRIS M. JOY



# BAJO LAS ESTRELLAS

CHRIS M. JOY

# **Bajo las estrellas**

Primera edición.

Bajo las estrellas.

Chris M. Joy

© julio 2021.

© Diseño de portada: Chris M. Joy.

© Maquetación: Chris M. Joy.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.



# PRÓLOGO

Es estrepitoso el sonido de una bala al resonar en una habitación cerrada. Me han estallado los tímpanos, mi corazón se ha exaltado de tal manera que he sido incapaz siquiera de intentar cobijarme. Caigo al suelo presa del pánico. ¿Me ha disparado?

No siento dolor, no al menos el que debería sentir por una herida como el de una bala. Entonces elevo mi mirada, buscándolo.

Soy incapaz de evitar chillar, como si yo misma me estuviera muriendo. Y lo deseo, en este preciso instante en el que soy consciente de la situación, lo deseo con todas mis fuerzas. Y no sé si es por rabia o por miedo que he de apretar la mandíbula para dejarme la garganta y perder todas las fuerzas, quiero llegar hasta él.

Me tiemblan las manos. Estoy estirada en el suelo, me incorporo torpemente y lo observo, presiento que de un momento a otro me voy a romper y esta vez, no habrá vuelta atrás.

Me arrastro a su lado. Me duele el cuerpo, creo que me he roto algo, pero tengo tanta prisa por llegar a hasta él que ignoro cualquier indicio de dolor.

—¿Yoel? —pero no me contesta. Le doy la vuelta, y me cuesta horrores hacerlo. Es un peso muerto.

Cuando consigo ponerlo hacia arriba su cabeza cae ladeada. Tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta.

Mi mano temblorosa recorre su rostro. Creo que mi cuerpo ha llegado al límite. No soy capaz de soportar más dolor. Me encuentro terriblemente afligida. Comienzo a respirar aprisa, a un ritmo desbocado.

¿Estoy maldita? ¿Soy yo el problema? ¿Soy realmente culpable de la muerte de mi hermana?

Ojalá nunca hubiera conocido a Yoel. Ojalá nunca me hubiera enamorado de él. Seguramente ahora solo habría un cadáver, el mío.

—¿Preparada?

Volteo el rostro apesadumbrada. Si esta es mi última oportunidad la voy aprovechar. Dejo la mano de Yoel sobre su pecho, soy incapaz de mirarlo. Me pongo de pie y seco con el dorso de mi mano mis lágrimas.

—Sí, estoy preparada —consigo decir.

Trescientos sesenta y cinco días desde que todo acabó, trescientos sesenta y cinco días desde que la luz que te solía alumbrar dejó de hacerlo trescientos sesenta y cinco días desde tu muerte.



# I

Hoy es un día demasiado primaveral, el sol brilla resplandeciente y el calor hace que la gente se comience a deshacer de sus prendas. Y es curioso, porque justo hoy, trescientos sesenta y cinco días después de tu muerte, sale el sol.

Me lo tomo como una señal, quizá para sentirme más fuerte. Apago el cigarro en un cenicero repleto de colillas y pienso que ya es hora de ir vaciándolo. Es curioso, nunca en la vida había fumado, jamás había probado un cigarro, pero desde el día que mi hermana murió tomé su hábito como mío.

Llevo demasiado tiempo preparándome para ello y creo que estoy mentalizada. Cierro la puerta del balcón y me encamino hacia la última puerta, su habitación.

Mi hermana vivía con su pareja, en la misma ciudad y a tan solo quince minutos en autobús de mi casa.

Yo tengo veinte y tres años, soy menor que ella, pero siempre tuvimos una conexión que a veces daba miedo. Por eso, y aunque no era formal, la habitación de invitados de mi piso era realmente su habitación. Muchas veces, cuando quería desconectar venía a mi casa. Era más fácil así, pues yo vivía sola y podía relajarse en su *no habitación*. Poco a poco, había ido decorándola a su gusto. Tenía *por si acaso* revistas, ropa interior, maquillaje y todo lo necesario para pasar un tiempo cómodamente.

Cuando murió acababa de cumplir veintiocho años.

Aprieto los puños hasta que los nudillos se tornan blancos, el corazón comienza a latirme demasiado aprisa. Lógicamente la habitación ha sido ventilada, trescientos sesenta y cinco días cerrada sería una locura hasta para mí, pero yo no me he encargado de eso.

He aprendido con el tiempo, que cuando uno pasa por una situación traumática debe aprender a superarlo a su ritmo y a su manera. Respetar esas pequeñas manías, que a muchos parece costarles entender, es algo crucial si quieres ayudar a alguien que lo está pasando realmente mal, hay que entender por qué lo hace. Yo, hasta hoy, he sido incapaz de enfrentarme a su habitación. Junto a mi terapeuta señalamos un día clave y ese día era hoy. Mi madre en cambio comenzó a realizar todo tipo de tareas que la mantuvieran entretenida porque no soportaba darle vueltas a la cabeza y no dejaba de pensar ni un momento en el asesinato. Y es tan respetable como mi manera de enfrentarme a la muerte de mi hermana.

Hasta entonces mi mejor amiga, Ana, ha sido la encargada de venir alguna que otra vez a la semana, barrer y abrir las ventanas, aunque le tenía terminantemente prohibido tocar nada más.

Cojo una bocanada de aire, lista para enfrentar la situación. Entro con los ojos cerrados, tengo miedo. Y cuando finalmente los abro poso mi vista sobre la cama. Esa enorme cama de matrimonio que se había empeñado en meter en una habitación demasiado diminuta.

Camino hasta ella y dejo mi cuerpo caer cuan largo es. Y entonces, después de trescientos sesenta y cinco días lloro de nuevo.

Lo hago desconsoladamente mojando por completo la almohada de mi hermana. Ahogo entre sus sábanas los gritos desgarrados de dolor y desesperación, de no saber aún qué pasó y no encontrar descanso ni consuelo. Lloro hasta que me quedo sin lágrimas ni voz. Lloro hasta

que la cabeza me duele tanto que empiezo a ver borroso. Lloro hasta quedarme dormida.

Cuando consigo sosegar, abro el cajón de su mesita de noche y recojo una libreta forrada de cuero marrón. En cuanto abro la primera página, cae una fotografía. La recojo entre mis manos temblorosas y observo a dos pequeñas sonrientes que se mecen con demasiada fuerza en un columpio. Y me apena el pensar que esa pequeña de hoyuelos nunca más volverá a sonreír.

Son las diez y media de la noche, creo. Pues estoy un tanto achispada y no consigo divisar con nitidez el reloj. Ana y Eli han venido a cenar conmigo para hacerme compañía y nos hemos acabado dos botellas de vino. Decido recoger por la mañana los platos, en mi estado lo más seguro es que acaben hechos añicos en el suelo.

Caigo rendida en mi cama, la habitación me da vueltas, y en ese torbellino en el que se ha convertido todo, creo divisar el diario de mi hermana. Y haciendo un considerable esfuerzo centro mi vista en él. Sé que no está bien, ni aunque esté muerta, pues entre nosotras siempre hemos respetado la privacidad de cada una. ¿Qué hago? Me rasco nerviosa la cabeza, masajeo mi sien, el torbellino parece haber mermado. No puedo rehuirlo. Y antes de darme cuenta, me encuentro sentada con la espalda apoyada en la cabecera de la cama y el diario entre mis manos. Giro una página tras otra. Recuerdos, muchos recuerdos y algunas vivencias personales que decido no seguir leyendo, son demasiado íntimas. Pero en cuanto mi nombre aparece en él no puedo evitar leerlo.

Algunas lágrimas se deslizan por mis mejillas. Suelto un suspiro roto. No hay malas palabras y río cuando leo algo que mi hermana

solía recriminarme:

*“No se quiere lo suficiente, por eso siempre acaba con tíos que no valen nada. Debería mirarse más al espejo y dejar de tener tantos complejos. Supongo que como hermana mayor debería apoyarla más. Aunque la verdad es que este último chico, por muy cabeza hueca que fuera no estaba nada mal”.*

Siempre me recriminó que me tratara tan mal. Lo mío con el peso había sido una lucha constante. Cogía kilos con una rapidez extrema y luego bajarlos era todo un suplicio. Tenía temporadas buenas y otras malas...y en las malas...era demasiado cruel conmigo misma.

Desde la muerte de Helena, había perdido bastantes quilos. Daría lo que fuera por recuperarlos y el doble si eso hiciera que ella volviera conmigo.

Sigo pasando las páginas hasta que llego a la última. Unos días antes de su muerte.

*He conseguido mi objetivo y esta noche iré. Si todo sale bien, formaré parte de esa familia y por fin podré poner punto y final a estos últimos meses.*

Leo de nuevo la frase, no entiendo... ¿A qué se refiere? Echo un vistazo al escrito anterior a este, para ver si hay algo más que me ayude a comprender esa frase, pero de la página anterior a esta última han pasado tres meses. Y no dice nada que parezca que las cosas fueran mal. Es más, el último día escrito antes de esa habla de una sorpresa que están preparando para el cumpleaños de unos amigos en común de César y mi hermana.

La palabra *familia* resuena en mi cabeza de manera extraña.

Me extraña que la policía no incautara el diario. Sobre todo teniendo en cuenta que hay datos de poco tiempo antes del asesinato.

Estoy demasiado borracha y desconcertada como para marcar el número de mi cuñado y preguntarle si sabe algo sobre eso, así que decido hacerlo al día siguiente.

La luz del sol incide sobre mi rostro, es hora de despertarme. Detesto quedarme dormida con la persiana levantada. No soporto dormir cuando aún hay luz y aunque tengo un dolor de cabeza horrible he de levantarme.

Y lo hago con la única idea de llamar a mi cuñado, la frase del diario de mi hermana no deja de atosigarme, necesito saber si sabe algo.

Al tercer tono la voz jovial de César suena al otro lado del teléfono. A veces admiro la entereza con la que ha logrado seguir adelante, no entiendo como lo hace. Y sé que lo pasó fatal, se quebró en mil pedazos como todos nosotros.

*Mi mano sostiene con fuerza la de mi padre. Está sedado, y en parte le envidio. Yo también quiero que desaparezca, este insano dolor que oprime sin cesar mi pecho. No puedo perderlo. Es lo único que me digo.*

*—Tienen que dejarme pasar —escucho desde el otro lado.*

*Es la voz de mi cuñado. Aprisa me levanto y salgo al pasillo.*

*—¡César! —grito para que me vea. Y en cuanto nuestras miradas se cruzan empieza a llorar y corre hasta mí.*

*Me abraza fuertemente y rompe en sollozos.*

—No puede ser... —dice con la voz rota. —no puede ser verdad...

*No soy capaz de decir nada. Lloro con la cabeza apoyada en su pecho. Es cierto...No puede ser verdad.*

—¿Gala? —escucho un gran ajeteo de fondo. Debe estar ya en la oficina.

—¿Tienes un minuto? Necesito preguntarte una cosa, y necesito hacerlo ya. —me impresiona la voz ronca con la que he hablado.

—Sí claro, ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes —suspiro —ayer... conseguí entrar en la habitación de mi hermana, y aunque sé que no está bien, ojeé su diario y en la última página escrita dice algo *sobre formar parte de su familia*.

Remarco las últimas palabras.

Se hace un silencio y César no dice nada

—No acabo de entenderlo... —comenta finalmente—. Me has dejado un poco...desconcertado.

Y no me extraña, ya que he soltado sin pensar siquiera en formar una frase coherente.

—No sé...en su diario como te he dicho he leído una frase, y me suena tanto extraña. ¿Estaba bien? ¿Había cambiado? ¿Crees que es posible... que formara parte de alguna religión extraña?

En cuanto dije eso último me sentí ridícula.

—Me temo que no Gala, no noté nada extraño, no me comentó nada fuera de lugar. Y ya sabes que opinaba tu hermana de las religiones. ¿Por qué no llamas al comisario para hablar sobre lo que has encontrado?

Vuelve a crearse un silencio, esta vez soy yo la causante. Es cierto, mi hermana no creía absolutamente en nada que no fuera tangible.

Siempre encontraba una explicación a todo. ¿Debería avisar a la policía? ¿Y si realmente es una tontería?

No quiero insistirle demasiado, pues cuando hablamos de ella, el tono de César cambia, y sé que le duele. Recordarla siempre duele.

—¿No creerás que tiene algo que ver con...? —pregunta César.

—No, no —contesto rápidamente —no sé...supongo que no será nada. Lo siento por molestarte —digo frotándome la sien. Me va a estallar la cabeza.

—No te preocupes. Espero que quedemos pronto para comer. Hace mucho que no nos vemos.

—Te llamo en estos días y quedamos. Cuídate.

Realmente me apetece quedar con él. Comenzaron juntos siendo los dos muy jóvenes y tanto su familia como él siempre han sido uno más. Cuando todo esto sucedió, al único que toleraba ver era a él. Sabía calmarle como nadie podía hacerlo, supongo que era ese sentimiento de hermandad que había ido creciendo entre los dos a lo largo de los años. Para mí, siempre será mi cuñado.

En cuanto suelto el teléfono voy directa hacia la caja de mis medicamentos y me tomo una pastilla esperando que arregle el ajetreo de mi cabeza.

Después de una ducha intensa decido volver a la habitación de mi hermana y dejar el diario donde estaba. Abro el armario y entre otras tantas cosas encuentro una enorme caja de cartón en la que hay numerosas revistas de moda. Le apasionaba, vivía por y para la moda.

Comienzo a ojearla, sin pararme detenidamente en nada en particular, lo que en ese momento estoy pensando realmente es en qué hacer. ¿Debería realmente tirarlas? Pero no puedo, aún no. Antes de pasar a otra de las veinte revistas que hay dentro de la caja diviso un

garabato escrito en la portada de una de ellas. Al principio no entiendo bien que pone, pero después de un rato intentando descifrarlo me doy cuenta de que se trata de una dirección. Nunca he sabido nada acerca de la muerte de mi hermana, salvo lo que los forenses nos dijeron, había muerto degollada. Ni huellas, ni marcas...nada que pudiera esclarecer quién pudo hacerlo y porqué.

Un cuerpo enterrado en medio de un bosque.

El cuerpo de mi hermana.

Recordarlo me revuelve el estómago.

Nunca antes había sentido una sensación similar a la que me recorre en estos momentos. Esa sensación de que todo está relacionado. No quiero caer en una paranoia, le prometí a mi hermana que viviría por las dos y he de cumplirlo. Pero necesito saber de quién es esa dirección.

Me asaltan tantas dudas... y en realidad tengo miedo. No tengo alma de aventurera, absolutamente nunca he sido una chica atrevida.

Después de estar pensándolo un rato decido hacerlo. Busco la dirección en *google*. Solo por curiosidad. Pertenece a mi ciudad y en coche puedo llegar en un momento. Antes de ni tan siquiera pensarlo me recojo el cabello en una coleta y salgo corriendo de casa. Solo quiero pasarme por la zona.



## II

Me quedo sentada en el coche durante unos largos minutos. Observo la casa de soslayo, me encuentro aparcada paralelamente a ella. Una casa grande con un enorme jardín. Quiero creer que no me estoy obsesionando, pero siempre he intentado encontrarle sentido a las cosas y es mucha coincidencia que en un mismo día, después de un año de la muerte de mi hermana, entre en su habitación y encuentre una extraña frase y una dirección. ¿Y si realmente estuviera relacionado? ¿O es solo que necesito una justificación?

Tomo varias bocanadas de aire y decido salir del coche. Cruzo rápidamente la acera y antes de poder pensarlo detenidamente llamo al timbre. El corazón me va a mil por hora, ¿Qué se supone que voy a decir? Me van a tomar por loca. Por suerte nadie responde y decido no tentar a la suerte y marcharme. Miro a los lados y encuentro el buzón, en él está escrito un nombre, lo memorizo en mi cabeza y vuelvo corriendo al coche, quiero marcharme de allí.

En cuanto llego a casa me tranquilizo. Solo pensar que podría haber contestado...Seguramente me habría largado corriendo sin decir nada.

Apunto rápidamente en un papel el nombre para no olvidarlo.

*Julio González.*

—No sé...no me suena de nada su nombre...no sé qué relación podría tener mi hermana con él —. Comento mientras me sirvo una copa de vino y sujeto con el hombro el teléfono.

—Julio González...será que no hay gente con ese nombre. Por más que busques en *google* no encontrarás nada específico.

Se hace el silencio. Yo quiero saber más, necesitaba saberlo.

—Puedes... —comenta Ana —puedes contratar a un investigador privado.

Frunzo el ceño ante la descabellada idea de mi amiga.

—No me convence mucho esa idea... —comento mientras me siento en el sofá con una copa de vino. Ni tampoco creo que pueda pagarme uno.

—No se me ocurre otra cosa. Además no quiero que te obsesiones con ello, seguramente no significa nada—. responde Ana.

Vuelve a crearse un silencio, mi cabeza está que echa humo. Hasta que al final digo:

—¿Y tú conoces algún investigador? Porque yo desconozco como funciona ese mundo.

No sé si hablo yo o el vino, pero de repente no me parece tan mala idea. Aunque alguna que otra pregunta se me pasa por la cabeza ¿Es legal contratar un investigador? ¿Se pueden llevar las pruebas encontradas a la policía? Aunque no vale mucho que piense en ello ahora si ni tan siquiera sé si encontrará algo.

—Te paso el número de un amigo de mi hermano. Hace cosa de un año se abrió un despacho y trabaja por cuenta propia y la verdad es que tiene bastante faena. Te hará precio de amigo. Le avisaré de que irás de mi parte.

—Está bien, pasamelo y mañana llamo. Muchas gracias Ana.

—De nada tonta, ya sabes que estoy para lo que quieras. Buenas noches, descansa

Cuelgo el teléfono y suspiro. No sé por qué, pero tengo una corazonada. ¿Debo seguirla? ¿O es solo que necesito una excusa para no pensar en ella?

No espero demasiado tiempo y a primera hora de la mañana llamo al número que me proporcionó mi amiga, supongo que por enchufe esa misma tarde me da cita, y aquí estoy, justo enfrente de una puerta alta esperando poder entrar al interior del edificio.

No se hace mucho de rogar y a los pocos segundos ya estoy dentro. Es un edificio antiguo, está en la primera planta y cuando subo por las escaleras me encuentro la puerta abierta. Pico por educación y una voz varonil me contesta a lo lejos.

—Pasa, perdona, es que me estaban llamando por teléfono.

En cuanto la frase acaba aparece un hombre, demasiado joven a mi parecer. Supongo que mi expresión debe de sorprenderle, pues alza las cejas y sonríe divertido.

—¿Demasiado joven? —pregunta. Y me muerdo el labio lamentando no haber podido disimular.

Me ruborizo, y alzo los hombros sin saber qué decir. Él se encamina directo a mí y me estrecha la mano decidido. Observo durante una fracción de segundo su rostro. Su piel bronceada y joven acompaña a unos ojos marrones rasgados. Llevaba una barba dejada que decorada ese rostro juvenil y varonil. Su boca se curva en una hermosa sonrisa. En ese preciso instante pienso que también podría haber sido modelo.

Es una de esas personas aparentemente normales, pero que todo su conjunto es atractivo. Ese tipo de persona que tiene un *no sé qué* muy

interesante, sin llegar a ser el típico cliché.

Cuando me da la espalda para guiarme hacia la sala, no puedo evitar fijarme en su cuerpo. Lleva puesto un jersey de rayas y unos tejanos oscuros. Es alto, me saca más de una cabeza y media, y aunque es imposible de intuir con la ropa que lleva, parece un chico que se cuida. Y no, no lleva gabardina ni nada que se asimile a las películas de detectives que he visto desde niña.

Su perfume embriaga mi ser y noto como la boca se me reseca, de repente me he puesto nerviosa y no sé muy bien por dónde comenzar. Si todos los investigadores fueran como él seguramente ese trabajo estaría aún más solicitado.

Me aguanta la puerta para que entre y me invita a acomodarme en una silla presidida por una enorme mesa de madera. Él se sienta enfrente de mí y apoya los brazos en la mesa echando su cuerpo hacia delante.

—Veamos, cuéntame Gala, ¿En qué puedo ayudarte?

Muevo las manos nerviosa, va a pensar que estoy loca, pero he de hacerlo, por mi hermana.

—Verás, hace un año...mi hermana murió —de repente noto un nudo horrible que aprisiona mi voz. No quiero llorar, no delante de él. Él aprieta los labios y frunce el ceño.

—Vaya...lo lamento —su rostro se torna serio y me observa fijamente. De repente agarra un bolígrafo y apuntándome con éste me hace un gesto para que prosiga con la historia.

Suspiro y retomo el diálogo:

—Nunca han encontrado el culpable, ni tan siquiera nos dieron una explicación racional —las imágenes del cadáver de mi hermana

acuden a mi mente y he de frotarme la sien para concentrarme. Su cuerpo muerto, frío, helado, sin vida... ¡Basta! Me digo.

—¿Quieres un vaso de agua? —pregunta al ver cómo trago saliva y poso mi vista en la nada.

—No...gracias — Contesto afligida. Yo puedo, puedo con ello, soy fuerte —hace poco se cumplió un año de su muerte y mirando sus cosas encontré en su diario una cita extraña, algo que no me pareció normal. Hablaba sobre conocer a alguien, formar parte de una familia. Luego encontré escrita una dirección en una revista y ayer fui a ver de quién se trataba, lo único que encontré fue este nombre.

Abro el bolso, saco un post-it y lo deslizo por la mesa. Yoel, el investigador, alarga la mano para recogerlo y lo lee.

—Necesito que investigues a este hombre, no sé, que me digas algo sobre él, sobre su familia, trabajo...lo que sea. No sé qué busco, pero he tenido una corazonada. Demasiadas coincidencias... supongo que pensarás que estoy desesperada —esmento rascándome nerviosa la nariz, un gesto que hago más a menudo de lo que me gusta— no te lo voy a negar. Lo estoy, pero llevo desesperada desde hace meses, desde el mismo momento en el que entendí que el tiempo pasaba, y que si la policía no había encontrado aún nada, cada vez sería más difícil. Ahora he encontrado esto, y quiero investigar.

—¿Por qué no acudes directamente a la policía? — pregunta Yoel, dejando de escribir.

—No tengo nada realmente. Una frase y una dirección. Ellos ya registraron la habitación. Si en su día no hicieron caso... ¿Por qué iban hacerlo ahora? —Hice una pausa y entonces levanté la vista —Encuentra algo, lo que sea, y entonces acudiré a la Policía.

Mi voz suena desesperada y deseo que no se dé cuenta. Yoel alza la vista y me sonrío.

—Vale, lo haré. Déjame tu número de teléfono, cuando tenga algo en claro te llamaré.

Asiento agradecida y de repente noto un peso menos. La angustia parece disuadirse al no tener toda la responsabilidad sobre el tema. Él investiga, yo descanso.

Quedamos en que me mandará un email con un precio cerrado, sin importar las horas. Nos despedimos con un apretón de manos y me marcho, no sin antes echar un último vistazo a Yoel, que mientras sonrío amablemente cierra la puerta con sutileza.

### III

Dos semanas han pasado desde que contacté con Yoel.

Cuando recibí el presupuesto para la investigación tuve que pensar con claridad. No quería pedirles el dinero a mis padres, así que no me quedó otro remedio que tirar de ahorros y tampoco es que tuviera gran cosa. Ciertamente era que me había hecho una tarifa fija, sin contar las horas reales y de esta manera, me salía bastante más económico.

Este último año había sido muy inestable. Había comenzado y dejado muchos trabajos. No me veía capacitada, luego no soportaba estar todo el día sin hacer nada y volvía a buscar otro, y así sucesivamente. ¿Cómo encontrar trabajo en época de crisis? En bares. Vivir en una ciudad te daba el privilegio de encontrar en la hostelería muchas salidas.

Hacía poco más de dos semanas que me habían despedido, en este no me había ido. El contrato había acabado y me fui derecha al paro. No es que cobrara un sueldazo, pero lo suficiente como para vivir tranquila. Era la primera vez que lo cobraba y pensaba hacerlo hasta decidir cómo encaminar mi vida.

Le llamé una vez a mediados de la semana pasada para cerciorarme de que estaba tratando el asunto, pero me explicó que un tema con otro cliente se había complicado y necesitaba dejarlo ya zanjado, y aunque me moría de ganas de llamarle tuve que autoconvencerme una y otra vez para no hacerlo. Hasta que el día menos esperado...

—¿Gala?

—Sí —contesto entusiasmada al escuchar su voz.

—¿Podemos quedar? Tengo información importante. Creo que te interesará.

Esas palabras hacen que el latido de mi corazón acelere a un ritmo trepidante. ¿Qué noticias serán?

—Sí, cuando quieras —contesto desesperada.

—Pásate mañana a las once por mi despacho. Sé puntual por favor, que a las doce viene otro cliente.

—Claro, hasta mañana.

Cuelgo el teléfono y respiro nerviosa. ¿Quiero saber realmente lo que ha descubierto? por supuesto. Me acerco a la cómoda de mi habitación y agarro una fotografía de mi hermana, sonrío tristemente, como siempre y la beso con lentitud.

—Joder... te echo demasiado de menos —digo mirándola fijamente. Me muerdo el labio, no quiero llorar, no podría parar. Vuelvo a dejar la foto en su sitio y decido ducharme para despejar la mente.

Después de una conversación con Eli y de explicarle la situación actual decido irme a dormir. Quiero que el tiempo avance, quiero que sea ya mañana.

De nuevo me encuentro ante las puertas del despacho de Yoel. Abre rápido y me recibe de nuevo con su especial sonrisa. Le estrecho la mano y camino nerviosa hacia la silla que ocupé unas semanas atrás.

Yoel abre un cajón y saca una carpeta, se vuelve a sentar en su sitio y desliza la carpeta para que la coja.

—Ábrela. Ahí tienes el informe.



Abro la carpeta y comienzo a mirar las fotografías, en ellas aparece un hombre de mediana edad, pelo blanco alto y delgado. Lleva en casi todas las fotografías unas gafas de sol, por lo que no puedo verle bien los ojos. Pero aun así no me suena de nada y siento una pequeña decepción.

—Verás, cuando empecé a investigar descubrí que trabaja para una gran compañía de moda. Es el director.

Lo observo interesada.

—Pero eso no es todo. Después de pasar algunas noches haciendo guardia observé que cada lunes y jueves, sobre las diez de la noche, acuden a su casa un grupo de seis personas, y no salen hasta el día siguiente a primera hora de la mañana.

Lo miro extrañada, sin acabar de entender.

—Todavía no sé por qué hacen eso ni lo que hacen dentro, aunque conseguí entrar en el recinto, las persianas estaban bajadas y no pude ver nada ni escuchar nada. Pero vaya...muy normal no es.

Me quedo mirando a la nada, sin saber qué decir. Soy incapaz de conectar a mi hermana con ese hombre.

—No te desanimes —comenta Yoel al ver mi cara de decepción. —seguiré investigando y encontraré el motivo de la reunión, te lo prometo.

Alazo el rostro y me topo con su agradable mirada. Le sonrío amargamente, estoy decepcionada ¿Pero qué esperaba? no iba a salir misteriosamente de la nada el asesino de mi hermana.

Cuando salgo del despacho tengo una extraña sensación, supongo que insatisfacción. Decido llamar a Ana y quedamos en una cafetería al lado de su trabajo.

Cuando llego está fumando fuera y agita la mano para que la vea. Me acerco a ella y suspiro cansada.

—¿Tomamos algo fuera mejor? —pregunta Ana

—Sí. Necesito aire —comento compungida.

Ana apaga el cigarro y nos sentamos en la mesa. Al cabo de unos minutos el camarero nos toma nota y Ana debe sacarme de mi ensimismamiento. No sé cuánto tiempo llevo con la vista perdida en la nada.

—Cuéntame. ¿Cómo ha ido con Yoel?

Hago una mueca con la boca y cabizbaja contesto:

—Pues no se sabe mucho de ese hombre Ana, salvo que dos días a la semana varios tipos entran en su casa y no salen hasta el día después y que es director de una empresa de moda.

Ana alza las cejas.

—Oye, pues a mi me parece una información muy interesante. Tu hermana trabajaba en algo relacionado con eso ¿Crees que podrían conocerse...?

—Quizá... —contesto poco convencida —Yoel seguirá investigando a ver qué encuentra.

En cuanto pronuncio el nombre de Yoel, mi amiga sonrío.

—Es muy guapo —comenta, y me da un codazo mientras ríe.

—Pues la verdad es que sí. Pero vaya...

Ana vuelve a sonreír y no añade nada. No entiendo la intención de sus palabras. Cuando llega el camarero con nuestras bebidas cambio el tema y le pregunto por Eli y sus escarceos amorosos, que no son pocos.

Después de más de una hora de conversación Ana decide invitarme a cenar a su casa ya que Eli, con la que comparte piso, está en una cita

y no quiere pasar la noche sola.

Hemos tomado un par de cubatas, lo suficiente para estar achispadas.

—Vámonos de fiesta, a tomar algo, a mover el esqueleto a vivir  
—digo alzando los brazos de manera teatral.

—¿Sabes qué?, me parece buena idea.

Ana se acerca hasta mí y me agarra de los hombros. Me mira de manera entrañable y me besa la mejilla.

—Estás mejor, y me alegro. No te sientas mal por querer divertirte. Somos jóvenes y debemos hacerlos.

Entiendo por qué lo dice. Recuerdo que una vez me puse a llorar mientras salíamos de fiesta. No creía conveniente divertirme, mi hermana estaba muerta y no tenía derecho.

Pero aunque no se supera, después de unos meses largos, uno comienza a saber convivir con la tristeza. Acude a ti cuando estás sola y vulnerable, y gracias a mis amigas, conseguí en pocos meses salir, ir al cine y desconectar a ratos y poder sentirme viva, al menos sin sentirme más culpable.

Un hora y algo después estamos en una discoteca de la ciudad. Abren de lunes a sábado todo el año. Depende del día ponen distinta música y aunque ese día es una música bastante comercial, no me importa.

Ana me ha dejado un vestido morado, me va algo ceñido ya que soy un poco más grande que ella, pero me siento cómoda. Pues aunque se aprieta en la zona de mi pecho, luego cae más ancho hasta un poco más arriba de las rodillas. Me he puesto mi cazadora negra, y me he pintado muy poco. Si algo me gusta de mí, son mis ojos. De un azul verdoso difícil de describir. Son los ojos de mi madre. Mi padre

siempre me ha llamado lucecita, pues decía que con mi mirada podía llegar a iluminar hasta el rincón más oscuro.

He despeinado mi melena oscura para darle un poco de volumen y me he puesto algo de brillo en los labios, para acentuar su volumen.

Es jueves, y a partir de las dos de la madrugada la discoteca comienza a llenarse. Ana es delgada, tiene el pelo largo y ondulado, de color cobrizo. Tiene una graciosa nariz chiquitita y unos enormes ojos bondadosos de un color azul oscuro.

Me coge de la mano, deja mi copa casi vacía sobre la mesa y me empuja a bailar. Dejo llevarme por la música, que fluya por mi cuerpo y comienzo a divertirme con mi mejor amiga.

En un momento de la noche pierdo de vista a Ana. He dejado de beber, porque no quiero acabar por los suelos, pero el alcohol sigue insistente en mi organismo y no lo abandona. La observo a lo lejos abrazar a alguien, seguidamente se gira y me señala. Es su hermano. Alza la cabeza en modo de saludo y se acerca hasta mí.

—Hola, Gala, ya veo que vais algo contentas —comenta Hugo, su hermano.

Es cuatro años mayor que ella, rubio, alto y delgado con un rostro angelical. Lleva cogida de la mano a su novia, quién me mira de manera despectiva. Pero la ignoro.

—Bueno, ya sabes que cuando me junto con tu hermana no sabes nunca cómo acabará la noche —él ladea la cabeza divertido.

—Pues he venido con alguien más. —Comenta con una sonrisilla igualita a la de su hermana.

Se aparta un poco y señala hacia atrás con la cabeza. Observo a Ana hablando con un moreno de ojos rasgados que enseguida identifico.

Yoel.

Trago saliva. Estoy nerviosa, mi corazón ha dado un vuelco inesperado, no imaginaba para nada reaccionar así, pero tampoco esperaba encontrármelo esa noche, no quiero que me vea en ese estado. He de continuar viéndolo y no sé si sabría mirarle de nuevo a la cara si hago mucho el ridículo por ir borracha.

A los pocos segundos, Ana se acerca risueña seguida por él.

—Qué coincidencia —comenta Yoel con una sonrisa de oreja a oreja.

Sonríó por compromiso y antes de darme cuenta Yoel se ha acercado para besarme en la mejilla. Su olor me envuelve, masculino y embriagador. Ana se acerca y me pasa el brazo por la cintura, se acerca a mí y me susurra lo siguiente:

—Es tu noche, te lo mereces

Entorno los ojos. No tiene remedio.

Yoel está ahí quieto, mirándome y sonriendo de vez en cuando. Hugo, está bailando junto a su novia. No entiendo qué hace con ella. Es estúpida a más no poder y él es pura bondad.

—¿Quieres algo para beber? —pregunta Yoel.

—Sí —contesto. Aunque no debería.

Yoel en un gesto que no entiendo, me agarra de la mano y me conduce entre la multitud hasta una de las barras. Noto el calor de su mano y un cosquilleo recorre mi estómago.

Cuando llegamos suelta mi mano para pedir la copa. Ese gesto ha hecho que mi corazón lata a un ritmo más rápido de lo normal. Siempre he sido una mujer que ha tenido miedo a sentir, a enamorarse... algo que mi hermana Helena siempre me recriminaba. He tenido parejas, pero nunca he conseguido estar con ellas más de

unos meses. Y en realidad sé qué me ocurre. Tengo miedo, siempre lo he tenido. Miedo al compromiso, a enamorarme, a dejar de ser yo sola y querer compartir mi vida con alguien. Supongo que nunca he creído en los cuentos de hadas y mucho menos en el amor.

Una vez pedida la copa nos acercamos hasta la pista pero nos quedamos ahí de pie y hablando. Él no baila y yo no quiero alejarme.

—Espero que no pienses que por salir y beber hago mal mi trabajo —comenta mirando a la pista mientras se apoya en una columna.

Antes de contestar lo miro. Tiene una sonrisa constante en su rostro, hay algo en él que me llama la atención. Desprende una energía que me envuelve, y cuando estoy cerca de él me siento tranquila, me siento bien. Y eso me da miedo.

—Nunca pensaría eso, es una estupidez, supongo que eres lo suficientemente mayor como para saber salir sin comprometer tu trabajo. —comento dándole un sorbo a la bebida.

Yoel me observa de soslayo y bebe también un trago del cubata.

Pasamos unos minutos sin decir nada, hasta que Yoel comenta:

—Odio a la nueva novia de Hugo. Es tan engreída... se cree una diosa.

Sonrío y asiento.

—Es la primera vez que la veo, pero me ha echado una mirada... no me ha gustado nada. —expreso disgustada.

Cuando intento absorber por la pajita observo que ya apenas queda bebida. Estoy asombrada por la rapidez con la que bebo.

—Envidia. —comenta Yoel mientras coge mi copa y la deja a un lado.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Envidia de qué?

—De ti. Eres preciosa —comenta.

Mis mejillas se tornan de un color rojizo que intento disimular girando el rostro hacia otro lado. En realidad su manera de decirlo es como quién dice que hace sol, no veo una mirada seductora ni una media sonrisa. Ni tan siquiera me ha mirado mientras lo decía. Lo ha soltado tan naturalmente que es la primera vez que la palabra *preciosa* me resulta tan grata.

—Voy a ir al baño. ¿Me esperas aquí? —pregunto.

—Claro.

Me dirijo al baño y Ana me intercepta.

—Eh, morena —espeta con voz varonil.

Río ante su tontería

—Me estoy haciendo pis.

—¿Cómo va con el sexy detective?

—Ana, déjate de tonterías. Hemos hablado cuatro palabras, es muy observador. En realidad lo único que hace es...mirar.

—Por algo es detective...digo yo. —Ana se acerca hasta mí y me susurra al oído —mi hermano me ha chivado que Yoel le comentó que le parecías una chica muy madura para tu edad y bonita.

Le pellizco suavemente. Me ha hecho sonrojarme de nuevo.

—No, Ana, no quiero ahora hombres que quieran algo, salvo quizás un poco de sexo —Aclaro con una sonrisa — Nada más, sin compromisos y aún menos si tiene que investigar para mí.

—Te entiendo, estoy de broma, no te preocupes. Escucha, voy a ir a la terraza de fuera, está Dani... y bueno.

Comenta levantando una ceja.

—Ya, no hace falta que digas nada más.

Me da un beso en la mejilla y se va. Por fin consigo entrar al baño. Mientras me lavo las manos me observo. Suspiro y cierro los ojos. Sonríó al pensar lo que ha dicho Yoel de mí. Y salgo de nuevo para reunirme con él.

Lo visualizo a lo lejos, y cuando camino hacia él, veo que está hablando con una chica. Una rubia bastante guapa. Esta parece reírse a carcajadas y apoya una mano en su pecho. Yoel echa la cabeza hacia atrás y ríe, con la mano le aparta delicadamente un mechón de su cara. Y me siento imbécil. Yoel es mayor que yo, y seguramente me ve como una cría. Que diga que soy guapa o lo que sea que haya dicho es irrelevante. Puedes opinar de eso de cualquier persona, sin tener intenciones de nada más.

No dejo que eso me destroce la noche. Él levanta la cabeza y me ve. Me guiña un ojo y yo le saludo con la mano, le hago un gesto que no estoy segura que sepa interpretar y me marchó, en busca de mi amiga.

—Ana —mi amiga levanta la mirada y me ve.

—¿Pasa algo? —comenta.

—No, en absoluto, pero no quería quedarme sola.

Me mira con el ceño fruncido y sin decir nada me hace un hueco a su lado. Ana está junto a David, un amigo de esos... de esos que son algo más que nunca llega a nada, salvo a largas noches de sexo.

Junto a él hay un chico. Lleva el pelo largo recogido en un moño. Es alto y fuerte y me hace un hueco a su lado.

—Andrés —comenta.

Tiene un rostro bonito.

—Soy Gala.



Después de una larga charla volvemos a entrar y esta vez estamos dándolo todo en la pista. Andrés es un tipo interesante. Ha estudiado música y ahora da clases particulares y trabaja de docente en una escuela. Su aspecto algo vikingo, como yo le he hecho saber, es bastante atrayente.

—¿Sabes? Eres muy guapa. ¿Te han dicho alguna vez que tienes unos ojos demasiado bonitos?

—¿Algo puede llegar a ser demasiado bonito? —pregunto acercándome a él un poco avergonzada.

—Sí. Tú. —espeta.

Me envuelve con sus brazos y me aprieta contra él. Mi corazón comienza a bombardear nerviosa. Tiene unos labios carnosos y unos ojos grandes y negros que me miran intensamente. Me estremezco cuando delicadamente roza su boca con la mía. No me besa, sencillamente se queda allí, a unos milímetros de mí. Pero yo no aguanto más. Lo beso. Lo hago de manera ardiente y apasionada. Y él no parece a disgusto. Nos besamos de una manera tan brutal que por un momento parece que vayamos a perder el equilibrio.

—Oye, bueno, quizás es muy... pronto. Es decir, que entiendo que no quieras, realmente no me conoces de nada —sonrío al ver como parece ruborizarse. Un hombre como él, se ruboriza ante una chica como yo. Tiene treinta años y me resulta realmente tierno al verse tan nervioso.

Sé lo que quiere.

—Vamos —comento —pero vamos a mi casa.

—Ana —pero ella no me escucha. —¡Ana! —grito esta vez.

—¡Dime! —dice molesta al tener que separarse de Dani,

—Me voy a casa con Andrés.

Ana asiente y le echa un rápido vistazo a Andrés, para luego volver a lo que estaba haciendo.

Nos abrimos paso entre la gente. Él va delante y sostiene mi mano para que no me quede atrás. De repente lo veo, a Yoel. Sigue con la chica y aunque solo están hablando levanta la vista y me mira, sonrío pero luego se fija en mi acompañante y rápidamente desvía la mirada hasta su compañera.

En cuanto cierro la puerta de mi piso, tiro el bolso al suelo y empujo a Andrés contra el sofá. Me subo a horcadas sobre él y le muerdo el labio.

—¿Qué? —comento cuando veo que me agarra el rostro y me mira

— No esperaba para nada que fueras... así.

—¿Así? —pregunto mientras abro su bragueta y comienzo a masajearlo.

Él que tiene la boca entreabierta se moja los labios y echa la cabeza hacia atrás.

—Bueno, no..no quiero...no quiero que me mal...joder —río al ver que no es capaz de acabar las frases.

—Voy a decirte algo —Andrés entonces clava la mirada en mí.

—Te escucho —espeta mientras comienza acariciarme el hombro hasta bajar hasta mi pecho.

—A las mujeres nos gusta el sexo.

Andrés sonrío y nos fundimos en un apasionado beso, mientras comienza a quitarme la ropa interior y acariciarme.



## IV

Cuando abro los ojos noto una presión en la cabeza horrible. Estoy desnuda y cuando volteo la cara me encuentro con el rostro somnoliento de Andrés. Respira tranquilamente y parece estar demasiado sumido en su sueño. Me levanto sin hacer ruido y voy directa a la ducha. Abro el grifo esperando que salga el agua caliente y mientras tanto apoyo las manos en la pica del lavabo y me observo. Tengo el maquillaje corrido, y aunque he deseado con todas mis ganas acostarme con él, no recupero el brillo jovial característico de mi ojos. Mis labios delicadamente gruesos están rojizos e hinchados. Me los muerdo mientras contemplo mi anguloso rostro, antes estaba mucho más redondeado. Y aunque jamás lo habría imaginado lo prefiero más redondo. Sé lo que significa mi delgadez y no me gusta.

Siempre he tenido un rostro aniñado, estoy acostumbrada a escuchar cómo la gente me echa mucha menos edad. Y desde hace un año este rostro se ha ensombrecido. Pero estoy segura, que en algún momento de mi vida volveré a recuperarlo. Debo hacerlo y seguramente esto tenga mucho que ver con encontrar al culpable de la muerte de mi hermana.

Escucho un carraspeo a mi espalda. Desvío la mirada y en el espejo reflejado observo a Andrés. Llevo solo puestos unos slips.

—No sé qué te habrá pasado para tener una mirada tan triste —comenta, y esa afirmación me pilla totalmente desprevenida —pero

me sigues pareciendo la chica más bonita que he conocido en mi vida.

Me doy la vuelta apoyándome en la pica. Sin sonreírle me deshago de la camiseta de tirantes que llevo puesta y me quedo solo con las braguitas.

—Ven —le ordeno.

Y Andrés sin rechistar y sin apartar la vista de mí se acerca y me besa apasionadamente.

—No quieras saber qué me ha pasado.

Andrés niega con la cabeza y parece totalmente sumido en mi mirada. De repente me coge y rodeo su cuerpo con mis piernas. Y volvemos a sumirnos en el placer.

Después de limpiar y ordenar me sumerjo de nuevo en la habitación de mi hermana dispuesta a encontrar cualquier cosa que pueda servirme para indicarme que voy por buen camino, pero no encuentro nada. Me siento en su cama y miro a un lado y a otro, ese hombre y mi hermana tienen que tener alguna relación, sino ¿por qué estaría su dirección apuntada? El sonido del teléfono me saca de mi ensimismamiento y corro a la cocina a cogerlo.

—¿Gala? —es la voz de mi cuñado

—Sí, dime —contesto.

—¿Qué haces hoy? ¿Te apetece quedar para comer?

Sopeso rápidamente la respuesta, pero enseguida sé que sí. Quedamos a las dos de la tarde en un restaurante donde solíamos reunirnos los tres para comer juntos.

Cuando llego él ya me está esperando. Entro y me alegro de verlo tan radiante. Me sonríe entusiasmado en la lejanía y se levanta para recibirme.

—Cómo me alegro de verte —comento estrechándome fuertemente entre sus brazos.

—Y yo —digo separándome y observándolo.

Se ha dejado el pelo algo más largo y los reflejos pelirrojos que siempre ha tenido están más acentuados. Su rostro aniñado sigue siendo el mismo, pero su mirada no, algo en ella me hace entender que debe seguir sufriendo por mi hermana.

—Cuéntame, ¿cómo te va todo? —pregunto después de que el camarero venga a tomarnos nota

—Bien, en el trabajo no puedo quejarme, pero... ya sabes... —noto como comienza a ponerse tenso y arrugo la frente frustrada. ¿Por qué ha de ser así? ¿Por qué ella ha tenido que morir? Pero intento dejar a un lado ese pensamiento y seguir conversando.

—¿Cuándo vas a volver a buscar trabajo? —me pregunta César.

—Me estoy tomando un tiempo —contesto.

—Deberías conseguir trabajo, cuando estás entretenida las cosas... bueno... no pensarás tanto sobre... sobre...

No sabe decirlo, no es capaz de decir el nombre de mi hermana y eso de alguna manera me molesta. Está muerta, pero en nuestro recuerdo no.

El camarero viene con el primer plato y nos los sirve rápidamente. Continuamos conversando y poniéndonos al día el uno al otro.

—Hay algo que necesito preguntarte, César —digo cuando ya hemos acabado el postre.

—Dime —contesta.

—Realmente... ¿crees que mi hermana no estaba metido en nada de eso? Algo como una secta, una religión... La palabra familia me suena tan extraña...

César se muerde el labio y baja la mirada a la cuenta, saca su tarjeta de crédito y se la ofrece al camarero.

—Eh...no Gala, es imposible. Ella no era así, ya te lo dije. Me habría dado cuenta... —cometa apesadumbrado. Me evita la mirada, está nervioso. No le gusta hablar de ella.

—Vale, perdona...yo solo quería saberlo —digo finalmente —pero si tienes un diario, o cualquier cosa de mi hermana por favor me gustaría que me lo dejaras.

César esboza una leve sonrisa y asiente.

—Claro, tengo una caja que nunca he sido capaz de abrir con cosas de ella. Cuando pueda te la mando o tu misma vienes a buscarla —comenta levantándose. Me besa en la frente y me da un pequeño apretón en el brazo.

—He de irme Gala, tengo que volver al trabajo.

—Claro. Ha sido un placer —contesto poniéndome en pie.

—Cuídate.

Y desaparece por la puerta del restaurante.

# V

—¿Helena?

Alguien me observa desde la puerta de la habitación. Su olor, sus formas, son las de mi hermana. No acabo de entender qué hace allí pero me levanto rápidamente y la estrecho entre mis brazos. Comienzo a llorar desconsoladamente. Me separo para mirarle a la cara y veo que su mirada está completamente vacía. Mira a la nada, no me abraza, no reacciona. Comienzo a zarandearla y a llamarla por su nombre, pero no se inmuta.

De repente me clava una gélida mirada que me eriza la piel. Está triste y fría como el hielo. Comienza a respirar agitada.

—¡Ayúdame!

Me despierto sin aire, y cojo una gran bocanada. Estoy sudando e instintivamente miro hacia la puerta. No hay nadie. Intento respirar tranquila, pero no puedo, algo en mi interior se agita. Nunca había soñado algo similar, siempre habían sido sueños en los que ella estaba viva y que a su vez también eran un suplicio porque cuando despertaba me topaba con la cruda realidad. Pero ese tipo de sueño...

Miro el despertador, marca las siete y media. No puedo continuar durmiendo. Me pongo unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, me calzo las zapatillas de deporte y salgo a correr. Necesito liberar estrés.

No sé cuánto tiempo he estado corriendo, deben ser las ocho y media, pero cuando quiero darme cuenta me encuentro en la puerta de



Yoel. Pico insistente el timbre hasta que la puerta se abre. Yoel me mira con el ceño arrugado y asombrado.

—¿Qué haces aquí Gala?

—Necesito tu ayuda, necesito que entres en esa casa, necesito respuestas —comienzo a decir rápidamente.

Yoel me agarra de los hombros y me obliga a mirarle fijamente.

—Cálmate. No puedo entrar porque sí a esa casa, estoy investigándolo, necesito tiempo Gala.

—¡Es que no tengo tiempo! —grito y entierro la cara entre mis manos.

Correr no me ha servido para nada. Al contrario, parece que me ha activado más.

Una voz se escucha al fondo. De repente me doy cuenta de que es demasiado pronto. Quizá sea un cliente o... Me doy cuenta del espectáculo que he dado y quiero morirme.

—Lo siento —digo antes de alejarme corriendo.

—¡Gala! —llama Yoel, pero no le hago caso

En cuanto entro en casa enciendo un cigarro y lo consumo tan rápido que me doy miedo a mí misma. Estoy nerviosa, inquieta y quiero saber algo sobre ese personaje. Me ducho rápidamente. Me pongo unas medias oscuras, unas manoletinias negras y un vestido apretado marrón que se ciñe vertiginosamente en mi cuerpo. Me seco el pelo dejándolo un poco alocado, me maquillo aprisa y salgo disparada antes de echarme atrás.

Llego al gran edificio que preside una plaza repleta de turistas que desayunan tranquilamente. Cuando entro me recibe en la recepción una impresionante rubia de metro setenta, delgada y excesivamente maquillada.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunta educadamente la mujer.

—Me gustaría visitar a Julio González...es un tema personal —contesto.

La mujer me sonríe tan fríamente que parece un robot.

—Siento decirle que el señor González no recibe visitas, debe pedir cita. Le tomaré los datos y él mismo o su secretaria se pondrán en contacto con usted lo antes posible.

Le doy mis datos, como bien ha dicho y salgo del edificio completamente desolada. No hay manera de acceder a ese hombre, no hay manera de saber quién es o qué relación tiene con mi hermana y eso me desespera.

Llego a casa con una idea en mente, y soy consciente de que no es nada inteligente, he de disuadirla, así que me pongo un poco de música y me sirvo una copa de vino. Me siento en el sofá mirando la nada, sumida en mis más profundos pensamientos y antes de darme cuenta caigo dormida.

Cuando me despierto son más de las diez de la noche, tengo un regusto amargo y un dolor de cuello terrible. Me levanto y me pongo algo más cómodo, un chándal gris. Me preparo algo rápido para cenar y me siento de nuevo sola como cada noche a escuchar la tele mientras como lentamente bocado a bocado la cena.

Salgo a la terraza y me apoyo en la barandilla. El cielo se ha tornado más oscuro si cabe, se avecina tormenta y me gusta. Siempre me ha encantado. Apago el cigarro en el cenicero y cojo las llaves del coche y el móvil. Voy a hacerlo, no me importa lo que ocurra.

Cuando detengo el coche a la altura de la casa el corazón me late a mil por hora. Es una locura lo que voy hacer. Apago el motor y me tomo unos segundos para respirar. Salgo del coche y agazapada me

acerco hasta la valla de la casa del tal Julio González. Inspecciono desde fuera que no haya nadie, el coche no está y las luces están apagadas. Tiene un enorme jardín que preside la casa. Es una casa bastante grande y nueva, pero no reparo en los detalles.

Me enfilo en la valla y salto al otro lado con agilidad. Por suerte siempre me ha gustado todo lo relacionado con el deporte y nunca he tenido problemas para colarme en cualquier sitio, además me extraña que la valla que preside el recinto no mida más de dos metros de altura.

Corro rápidamente hacia la entrada, a paso ligero con temor de que algún vecino pueda verme. No tengo ni idea de qué hacer una vez estoy en frente de la puerta. Pico al timbre y me escondo, pasados unos minutos nadie ha salido a abrir la puerta, vía libre. Cojo una tarjeta de crédito e intento abrir la puerta como miles de veces he visto en las películas, pero es inútil no hay manera y me siento bastante tonta por el simple hecho de haberlo intentado.

Rodeo la casa y acabo en la parte trasera, donde hay una gran piscina y una zona *chill-out*. Encuentro otra puerta, esa es mucho más simple que la de la entrada e intento de nuevo abrirla, pero no hay manera. Bufó enfadada. Quiero entrar. Camino hacia atrás intentando divisar alguna manera de acceder cuando me percató de que una ventana está abierta y no un poco, sino de par en par. Sonríe contenta y corro hacia ella. Me cuelo fácilmente y caigo de pleno en el frío suelo. Está muy oscuro y apenas diviso nada. Tengo miedo de encender la luz del móvil y que alguien la vea. Así que camino lentamente y a tientas esperando que mi visión se acostumbre a esa oscuridad y me deje divisar alguna cosa.

Subo unas escaleras y enseguida doy con una habitación, parece de invitados y está prácticamente sin amueblar. La cierro y me dirijo a la siguiente. Esta debe de ser la de él. Las paredes están pintadas de blanco y solo hay muebles negros y rojos. Una enorme cama cubre gran parte de una pared, es la cama más grande que he visto jamás. Me acerco a la mesita y observo una fotografía en la que sale un hombre que debe de ser Julio, con dos niños pequeños.

Abro los cajones y armarios, solo hay ropa de hombre y no encuentro ningún documento ni nada que dé señales de la relación con mi hermana. El cielo truena y enseguida comienza a llover a mares. Es un inconveniente, pues no escucharé bien el motor del coche si llega.

Vuelvo a bajar, entonces reparo en una puerta que antes no había visto. La abro, y esta me lleva a una estancia de apenas dos metros cuadrados donde solo hay otra puerta. Acerco lentamente la mano, algo me dice que ahí están mis respuestas. El teléfono me suena y grito asustada. Joder, no me lo esperaba para nada.

Es Yoel.

—¿Dónde coño estás? —suena cabreado.

—A mí no me hables así, a ti que te importa.

Se escucha un silencio.

—Estoy haciendo guardia en casa de Julio y tengo enfrente aparcado tu coche.

Esta vez soy yo quién se queda callada. Mierda

—Contesta Gala.

—Estoy dentro —contesto secamente

—¿Qué? ¡Tú estás tonta! Sal ahora mismo

—Solo necesito un momento —comento y seguidamente le cuelgo.

Giro de nuevo el pomo y desilusionada observo que está cerrada.

—Joder...—digo golpeando la puerta. —¡Joder!

El ruido de un motor me hace levantar la vista. Espero unos segundos y lo escucho de nuevo. Alguien ha llegado. Corro hacia el comedor y observo por la ventana un coche. Escucho el sonido de las llaves y corro tan rápido como puedo hacia la salida de la ventana. Salto y me quedo agazapada bajo la ventana, estoy paralizada no puedo moverme. No entiendo cómo ha podido entrar tan rápido, no he escuchado la verja abrirse.

Noto como alguien me agarra y estoy a punto de gritar pero me tapan la boca.

—*Sht...*soy yo —es Yoel.

Lo miro asustada y con el corazón hecho un puño. Yoel me coge de la mano y con la otra me da a entender que debemos movernos con cuidado y agachados. En ese instante soy consciente de la tontería que he hecho. Pero no tengo tiempo para pensar. A la de tres Yoel estira de mí y corremos velozmente hacia la salida, me enfilo a la valla y en un santiamén estoy al otro lado, pero no me detengo, me subo al coche y Yoel se sienta en el lado del copiloto. Apoyo la cabeza en el respaldo y exhalo nerviosa. Yoel golpea de repente el salpicadero y gira su cuerpo para observarme

—Se puede saber...—dije apretando la mandíbula y conteniéndose —que cojones se te ha pasado por la cabeza para entrar ahí...es que... ¿estás loca?

Él no lo entiende. No sabe que es esta desesperación que día a día crece en mi interior.

—Lo sé...lo sé...no necesito que me sermonees. No me habrían pillado —digo ceñuda y girando el rostro.

Yoel se acerca más y voltea mi cara y me mira fijamente.

—No te han pillado, cierto, pero ¿y si lo hubieran hecho? ¿Es que no confías en mí? Gala, joder...—comenta y arruga los labios. Se está conteniendo.— No puedes entorpecer mi trabajo. Si me llegan a pillar dentro de la casa de Julio me olvido de mi trabajo como investigador. ¡Esto no es una película! se necesita tiempo y cumplir con ciertas normas.

—¡Es que no tengo tiempo! —grito finalmente explotando —no entiendes nada, ¡nada! No sabes lo desesperante que es no saber que le ha pasado a tu hermana, a tu única hermana. No sabes que es despertarse cada día con la sensación de que falta una parte de ti, despertarse triste y melancólica, saber que nunca jamás en la puta vida volverás a verla, a tocarla... —dejo que el llanto aflore.

Me tapo la cara con las manos y no puedo evitar sollozar intensamente, Yoel no dice nada pero noto como sus manos me rodean y apoyo la cabeza en sus hombros.

—Lo siento Gala, tienes razón, no lo entiendo, pero por favor, dame tiempo y te ayudaré.

No contesto y continuo durante mucho rato escondida en su abrazo, dejando que las lágrimas salgan y me dejen durante un rato tranquila.

## VI

Esta vez no quiero ser impaciente.

Han pasado más de cinco días desde mi irresponsable intromisión pero he de darle espacio a Yoel para que haga su trabajo. Me arrepiento de lo que hice, de comportarme como una niñaata caprichosa, pero no puedo borrarlo.

Me asomo a la ventana y veo reflejado mi rostro en el cristal cuando un trueno retumba con fuerza. Suspiro y apago el cigarro, no se me da nada bien esperar. Decido ir a por el teléfono para llamar a Ana cuando suena el timbre de mi casa.

Son más de las once de la noche y no espero ninguna visita. Antes de abrir observo por la mirilla y frunzo el ceño al contemplar al otro lado de la puerta a Yoel. Está empapado y su rostro no me transmite nada bueno. Abro enseguida y me cruzo de brazos sin entender qué hace en mi casa.

—¿Estás bien? —pregunto al ver su cara.

Mantiene la mandíbula apretada y una mirada de hielo. ¿Qué pasará?

Yoel no contesta y entra.

—¿Puedes darme un vaso de agua? —pregunta dándome la espalda.

—Sí, claro.

Me dirijo a la cocina y él se sienta en el sofá. Me siento a su lado y le ofrezco el vaso de agua, bebe tan rápido que temo que se vaya atragantar. Deja de nuevo el vaso vacío en la mesa y después de un largo suspiro me mira.

—He descubierto algo —comenta casi en un susurro. No me mira a los ojos, por eso intuyo que no me va a gustar.

—Habla —exijo recostándome sobre un lado y cruzo los brazos bajo mi pecho.

—He entrado de nuevo en casa de Julián

Abro la boca apunto de increparle pero entonces retoma el relato

—Estaba seguro de que no estaba y después de mirar y mirar por toda la casa, acabé en una habitación donde había una puerta cerrada. Laforcé y me condujo a un sótano. —hace una pausa y se muerde el labio.

—¿Qué había? —pregunto nerviosa.

Después de un largo silencio continúa:

—Un altar, huesos...velas negras, rojas...sábanas manchadas de algo que estoy casi seguro de que era sangre y fotos de personas que no tengo ni idea de quienes son. No he podido mirar mucho más, temía que me pillaran pero...

—Una secta —deduzco perdida en mis pensamientos.

No lo escucho ni lo miro. Me pongo en pie y comienzo a caminar de un lado a otro con el pulso revolucionado. ¿Una secta?... no puedo creerlo. Mis sospechas eran ciertas.

—Sí...estoy casi seguro de que se trata de una secta...pero eso no quiere decir que...

—¿Qué ellos mataron a mi hermana? —comento devolviéndole una mirada ofuscada—pues yo estoy casi segura de que está



relacionado...es que...es que sino no tiene sentido nada de esto...joder —digo resignada.

Yoel se levanta y mete las manos en los bolsillos. No lo ha dicho, pero lo veo en su mirada, opina lo mismo que yo. Estoy segura.

—¿Deberíamos acudir a la policía? —pregunto sin saber qué más puedo hacer.

—Es complicado. Digamos que he sobrepasado lo que un investigador puede hacer. Yo no debería haber entrado. ¿Cómo le explicamos lo que he visto en casa de Julio sin meterme en problemas?

Está preocupado, y es normal.

—Es culpa mía —digo mirándolo a los ojos.

Levanta la vista y la posa en mí.

Siento ese aleteo en mi estómago, siento que solo quiero abrazarlo de nuevo.

—No es tu culpa, Gala. Creo que... no sé. Creo que al ser amiga de Ana yo... no he pensado bien las cosas.

—Yoel, por favor, no quiero que pierdas tu trabajo por mi. No vuelvas a hacer una locura así.

—Gala, he venido aquí en persona para pedirte que te alejes de esa persona por favor, seguiré investigando pero me da miedo que pueda pasarte algo.

Dirijo de nuevo la mirada hasta él. No esperaba esa declaración pero teniendo en cuenta mi comportamiento de los últimos días seguro que teme que pueda hacer algo.

—No haré nada. Lo prometo —digo apesadumbrada.

—Bueno...he de irme —comenta sonriendo tímidamente.

—Está diluviando, quédate hasta que pare un poco.

Yoel me mira y sé que no sabe qué decir.

—Venga, déjame prepararte algo para comer. Seguro que tienes hambre.

Esboza una enorme sonrisa y asiente. Le ofrezco una copa de vino y espera en el sofá mientras lee una revista.

Mientras cenamos apenas hablamos. Miramos la tele, y no es que me sienta incómoda, sencillamente que no puedo dejar de pensar en lo de la secta

—He estado investigando las matrículas de alguno de los coches —comenta de repente Yoel sin mirarme.

—¿Has encontrado algo interesante? —pregunto.

—De momento nada..., pero bueno, aún me quedan tres más por investigar.

De nuevo se hace un silencio incómodo. Y vuelvo a ocupar el tiempo en pinchar un trozo de lechuga desperdigada por el plato.

Después de varios intentos fallidos de una conversación normal Yoel se pone en pie y decide marcharse. Le acompaño hasta la puerta y quedamos cara a cara. Me sonríe dulcemente y se acerca para darme dos besos y entonces no sé qué me ocurre pero giro la cara y lo beso.

Él se aparta asombrado.

—Lo siento —susurro avergonzada.

No me atrevo a mirarlo a los ojos. Estoy demostrando la actitud de una cría de quince años.

Yoel no dice nada, solo escucho su respiración entrecortada.

—Gala... —espeta por fin.

Levanto la vista y se muerde el labio. Ladea la cabeza de un lado a otro, está negando algo que no entiendo.

Acerca su cuerpo hasta el mío, me agarra de la cintura y me besa.

Ahora es a mi a quien pillan desprevenida. Sus labios encajan perfectamente con mi boca y noto una explosión en mi interior que jamás había sentido. Sus manos agarran mi rostro y vuelve a empujarme hacia el interior de mi casa. Me dirige directamente hacia la mesa del comedor sin dejar besarme.

Noto un calor abrasarme por dentro. Me levanta y me apoya en la mesa y comienza a besarme el cuello.

—Yoel... —susurro.

Él entonces levanta la mirada y me observa. Frunce el ceño, no entiendo por qué y se aparta.

—No, esto no está bien —espetea y se frota la sien nervioso. —Lo siento Gala, me marchó.

No entiendo nada. Lo observo incrédula y bajo de un salto de la mesa.

—¿Te vas? —pregunto.

—Es lo mejor.

Y desaparece tras un portazo dejándome completamente enmudecida.

## VII

—¿Gala Méndez?

—Sí —contesto.

Estaba en mitad de una ducha y he tenido que salir disparada a coger el teléfono.

—Le llamo de parte del señor Julián González, para concertar la entrevista que pidió hace unos días. Sí le va bien hoy mismo a las doce tiene un hueco libre.

—Sí claro, ningún problema —comento.

En cuanto cuelgo sospiro la idea de haber aceptado la entrevista. No sé ni qué decirle...y seguramente Yoel no estará de acuerdo pero... tampoco tiene por qué enterarse.

Me visto una falda de tubo negra y alta y una camisa blanca metida por dentro, me dejo el pelo suelto y me calzo unos tacones sencillos de color burdeos. Y para rematar me coloco un collar de distintas perlas del mismo color que los zapatos.

En cuanto llego a la oficina del señor Julián el corazón comienza a latirme aprisa. Estoy muy nerviosa. La secretaria me ha acompañado hasta su oficina y me ha dejado sola en cuanto la puerta del despacho se ha abierto.

—Buenos días, adelante.

La estancia es muy amplia, de paredes blancas. Es muy minimalista y me recuerda a su casa. Cerca de un enorme ventanal está la mesa del despacho de color negro que contrasta con todos los otros

utensilios blancos y rojos. Sentado, en una enorme silla me recibe un hombre cincuentón, alto y delgado. Tiene el pelo blanco repeinado hacia atrás y me está esperando con una enorme sonrisa.

—Buenos días —comento mientras me acerco a estrecharle la mano.

Julio me señala con la cabeza la silla y tomo asiento.

—¿A qué se debe su visita?, me suena su cara —comenta recostando cómodamente la espalda en el asiento.

—Puede ser, me parecía bastante a mi hermana, Helena, quién estaba a punto de fichar por su empresa.

—¿Helena? —pregunta frunciendo el ceño.

—Sí, murió hace poco más de un año.

El hombre alza las cejas sorprendido y de repente parece recordar.

—Oh, si... lo siento mucho, una joven encantadora, pero no sé en qué puedo ayudarla.

—Vine aquí porque lo último que sé de ella es justamente eso, que estaba a punto de firmar un contrato y era más que nada para saber si usted... notó algo extraño. Sé que puede sonar raro, pero créeme, que si usted estuviera en mi posición haría todo lo posible por averiguar qué le pasó.

Julio aprieta los labios concentrado y exhala.

—Me temo que el contacto con su hermana fue bastante breve, era una joven con talento pero...no puedo decirle nada más, nuestro trato fue meramente profesional. Realizó una breve entrevista conmigo después de que recursos humanos decidiera que era la candidata perfecta para el puesto.

—Es que...creo que estaba metida en una secta —comento. Y espero que reaccione ante ese comentario, pero no lo hace.

—¿Una secta? ¿Por qué piensa eso?

—Bueno, varias cosas que he ido encontrando, pero vaya, solo son suposiciones mías.

—Pues lamento no poder ayudarle. Puede hablar si quiere con mi personal de recursos humanos, ellos tuvieron mucho más trato con su hermana.

—Está bien, lamento haberle molestado —digo poniéndome en pie.

Julio se pone de pie a su vez y me estrecha de nuevo la mano.

—No hay que lamentarse de nada, la entiendo.

Dicho esto doy media vuelta, pero cuando estoy a punto de desaparecer por la puerta, Julio añade:

—Espero, de todo corazón, que encuentre al asesino de su hermana.

No le he dicho si fue asesinada, no he comentado nada de su muerte. Pero es cierto que el caso trascendió al principio más de lo deseado y la prensa se hizo eco del horrible crimen.

Salgo bastante decepcionada de la entrevista, pero, ¿Qué esperaba? ¿Acaso una declaración?

Son más de las once de la noche, he pasado la tarde entera y casi toda la noche con Ana y Eli, les he contado todo lo que ha pasado hasta ahora y lógicamente me han tratado de loca por colarme en casa de Julián.

Después se han interesado más por mis escarceos con Andrés y con la noche Vikinga que viví junto a él.

Camino aprisa, he decidido atajar adentrándome en un parque bastante grande donde suelen hacer footing, está bien iluminado y así me ahorro más de cinco minutos.. No me gusta caminar sola y me

arrepiento de no haberme traído el coche. El sonido del móvil me hace dar un brinco, me he asustado.

—Joder —espeto buscando en el bolso.

—¿Si? —contesto.

—Hola Gala, soy Yoel.

—¿Has encontrado algo? —pregunto.

—Bueno...igual te cabreas, pero estoy debajo de tu casa. Pasaba cerca y he pensado en bueno...venir a saludarte —no puedo evitar esbozar una sonrisa de satisfacción.

—Pues estoy casi llegando, estoy cruzando el parque que está bajando mi calle.

De repente escucho un ruido. Me doy la vuelta y veo a un hombre caminar a pocos metros de distancia. Hay algo en él que no me gusta, camina demasiado aprisa y yo comienzo acelerar el paso.

—¿Gala?

—Perdona, es que... ¿Puedes ir bajando? Vengo sola y...

De repente noto como me tapan la boca y me rodean fuertemente. El móvil cae al suelo. Le muerdo la mano a mi agresor y chilló con todas mis fuerzas esperando que alguien me escuche.

Comienzo a correr pero el hombre rápidamente me agarra y me empuja contra un árbol. Saca una navaja del bolsillo y noto el frío de ésta contra mi cuello. Estoy temblando. Lleva una máscara blanca y guantes negros.

—Si no dejas de investigar acabarás muerta. ¿Me has entendido?

—¿Eres tú el asesino de mi hermana?

Recibo una bofetada como contestación. Acerca su cuerpo al mío y noto como la navaja se clava levemente en mi cuello.

—¡Suéltame! —grito

Me da miedo moverme, por temor a que me la clave.

—Zorra de mierda, ¿quieres que te mate ahora mismo? Seguro que no chillas tanto como lo hizo tu hermana.

Un calor abrasador me inunda, y noto tanta rabia que con un fuerte empujón me lo quito de encima. Me lanzo sobre él encolerizada pero éste vuelve a bofetearme y caigo de rodillas al suelo. Me agarra del pelo y me hace levantar la cabeza para mirarle a la cara.

Entonces otra persona lo embiste y caen juntos al suelo. Yoel, intenta esquivar los navajazos y le atina un puñetazo, el enmascarado se pone de pie y comienza a correr y Yoel a su vez se levanta y lo persigue. Los pierdo de vista y no puedo moverme.

Sigo acostada atemorizada y sin poder reaccionar y a los pocos segundos vuelvo a ver a Yoel aparecer.

—¡Gala!

Cae de rodillas a mi lado y con ansias coge mi rostro entre sus manos. Me observa con el ceño fruncido y sus ojos van de un lado a otro de mi cuerpo intentando encontrar alguna magulladura

—Estoy bien —consigo decir.

Yoel me ayuda a ponerme en pie.

—Vamos, quiero irme de aquí —suplico.

Asiente y me agarra de la mano y nos alejamos de ese lugar sin creer lo que acaba de pasar.

Una vez en casa consigo relajarme. Creo que aún no soy consciente de lo que acaba de ocurrir. Yoel se acerca hasta el sofá donde me encuentro acurrucada y me ofrece una taza de té. Agradecida la acepto y doy un pequeño sorbo.

—Deberíamos ir a la policía.



—No —contesta Yoel. Su rotundidad hace que levante la vista hasta él.

Su cabello está enmarañado y su rostro me observa serio. No encuentro en él ese deje jovial, su rostro se ha convertido en una máscara gélida.

—Conozco casos similares a este, si denunciemos seguramente irá a más.

—¿Y entonces? —pregunto perdida

—Entonces yo seguiré investigando y tú no vas a hacer nada más por tu cuenta. No quiero que se te vuelva a pasar por la cabeza el colarte en una casa o fisgonear, déjame a mí.

Después de decirme eso, coge la taza de té y le da un largo sorbo con la vista perdida en la ventana.

—Puede ser que vinieran a buscarme porque hoy fui a ver a Julio.

En cuanto digo esto Yoel se tensa, desvía la mirada y la vuelve a centrar en mí con la cabeza ladeada sin dar crédito a lo que acaba de oír.

—¿En serio Gala? ¿Eres imbécil o es que realmente tienes algún problema?

Aprieto la mandíbula furiosa. ¿Me acaba de llamar imbécil? Mi mano cruza rápidamente la distancia que nos separa e impacta de pleno en su cara.

Yoel se queda unos segundos con el rostro volteado y observo como su cuerpo se infla y desinfla intentando contenerse.

—No vengo ayudarte para que me trates así —Se levanta y se dirige a la puerta rápidamente.

—¿Entonces no vas a seguir con la investigación? —es lo único que soy capaz de decir.

Sin girarse y con la puerta abierta Yoel dice:

—Seguiré con la investigación porque es mi trabajo, pero nuestra relación a partir de ahora será meramente profesional.

Yoel desaparece por la puerta y yo me quedo ahí sentada en el sofá en la misma posición con la taza de té en la mano, sin saber reaccionar, quizá si soy imbécil.

## VIII

—Vaya —es lo único que mi amiga consigue decir después de contarle todo lo ocurrido la noche anterior.

Suspiro y me escondo en el sofá.

—No se Ana, esto se me ha ido de las manos. Joder...que ayer un tío me atacó —digo recordando el suceso.

Ana se sienta a mi lado y me mira con ese rostro angelical que la caracteriza. Sus ojos azulados me calman. Se mesa la melena corta y rizada y alza los hombros sin saber qué decir.

—Voy hacer caso, y dejar de investigar por mi cuenta.

—Creo que es lo mejor, y respecto a Yoel...

—Nada, respecto a Yoel nada. Creo que es lo mejor, una relación meramente profesional. Total, ¿en qué iba a acabar lo nuestro?

—Deberías ir a la policía —comenta Ana preocupada.

—Lo sé, lo he pensado pero... ¿Y si Yoel tiene razón? ¿Y si eso hace que vuelvan a por mí? ¿Y si la policía está metida en esto?

—A ver, Gala. Calma ¿vale? No estamos en una película.

—¿No? Pues me han amenazado y atacado como si fuera una.

—Lo sé, yo te acompaño a la comisaría si quieres.

—No sé qué hacer, Ana... creo, creo que voy a esperar, si veo algo raro llamaré. Lo prometo.

Ana no está de acuerdo con mi decisión, lo sé por su mirada. Pero yo tengo miedo, miedo a que esa denuncia se quede en el olvido y me exponga a un nuevo ataque. Creo que es mejor esperar a nuevas pruebas con las que poder presentarme. O al menos eso me digo para no sentirme culpable por no denunciar el ataque.

Me incorporo en el sofá y enciendo un cigarro.

—¿Cuándo vas a dejar ese vicio estúpido? —comenta Ana

A modo de respuesta le doy una gran calada y la desafío con la mirada. Ana entorna los ojos, se pone en pie y desaparece en la cocina. En ese instante la puerta se abre y aparece Eli cargada con bolsas de la compra.

—Hombre, tú por aquí —comenta dejándolas en el suelo.

—Hola, Eli.

Eli lleva el pelo rubio recogido en una coleta, su rostro blanco y pecoso irradia belleza como siempre lo ha hecho. Aunque tiene treinta años aparenta muchísimos menos, sus ojos verdes oscuros están maquillados con una leve sombra oscura que acentúa esa mirada gatuna. Se deja caer a mi lado y apoya su mano en mi rodilla.

—¿Cómo van las cosas? —pregunta.

—*Pff*... si yo te contara... —digo exhalando derrotada

—Te escucho —comenta.

Y de nuevo le narro todo lo sucedido. Eli me escucha implacable cada una de las palabras con las que describo los hechos sucedidos en los últimos días y hasta que no acabo no dice ni una palabra.

—Hostia...es muy extraño Gala...¿Realmente crees que esos tipos son los asesinos?

Me muerdo el labio nerviosa.

—¿Y quién si no?

—¿Por qué no acudes a la policía?

—No tengo pruebas físicas, no puedo ir a decirles nada con las manos vacías...lo que me faltaba.

De nuevo me repito eso.

—Deberías ir. No digas que ha sido por lo de tu hermana, deja constancia de que te han agredido —comenta Eli.

Suspiro de nuevo. Ana me mira desde el marco de la puerta.

Después de más de una hora salgo de la comisaría de policía. Les he explicado lo que he podido. Que un hombre me atacó y que me amenazó que podría acabar como mi hermana. El policía que me ha atendido me ha dicho que vuelva si pasa algo más, pero que con la descripción que me han dado no pueden saber de quién se trata.

Me ha agradecido la información y aunque no hemos hablado directamente del caso de mi hermana me siento bien por haberlo denunciado, si me pasa algo al menos hará constancia de una primera denuncia. No pueden relacionarlo con el asesinato incluso me ha dicho que puede ser alguien que me conozca y use ese contexto para intimidarme.

—¿Sabes que te digo? Este sábado nos vamos de fiesta, las tres, tengo fiesta en el trabajo y hace mucho que no salimos juntas.

—No sé yo... —comento.

Aunque siento que me he quitado un peso de encima al ir a la comisaría no estoy muy animada.

—Que si mujer, y así también te olvidas de Yoel.

—Tampoco tengo mucho que olvidar...—comento rascándome la barbilla.

—Ya...seguro —dice risueña Eli.

Ana me da un cálido abrazo para reconfortarme.

Decido disuadir el tema yéndome de compras. Hace mucho que no lo hago y con la excusa de salir ese sábado decido que es hora de

renovar un poco el vestuario. Entro en una de mis tiendas preferidas y cargo con todo lo que puedo para probarme en el vestidor. Me coloco un conjunto de falda y camisa blanco, me parece demasiado ibicenco y no me gusta. Seguidamente decido probarme un vestido azul claro con pequeñas flores. Se adhiere al cuerpo hasta la cintura y luego cae suelto. Me gusta, es alegre y es justamente lo que necesito.

De repente el móvil me suena.

—¿Si? —pregunto sin mirar siquiera quién ha llamado

—Te queda muy bien ese conjunto —es una voz masculina. Mi corazón da un vuelco y retiro el móvil para ver quién me llama. Es Yoel, pero no su voz.

Vuelo a ponerlo en el oído sin saber qué decir.

—Yo elegiría ese antes que el otro.

Abro los ojos asustada y corro la cortina del vestidor, salgo rápidamente pero no hay nadie que conozca, y la tienda está prácticamente vacía.

—¿Quién eres? —consigo decir

—Quizá sea el asesino de tu hermana...o quizá solo un admirador.

—¡Escúchame! —grito, las dependientas me miran, pero no me importa —hijo de puta, te juro que algún día pagarás por lo que le hiciste, ¡cabrón de mierda!

Han colgado. Una dependienta se acerca con cara asustada, pero yo la miro con la boca apretada y vuelvo a esconderme en el probador. Me quito rápidamente la ropa, me visto con lo mío y salgo corriendo a buscar a Yoel.

Voy a quemar el timbre de su oficina, pero nadie contesta. Estoy nerviosa y no ceso de mirar a un lado y a otro. Estoy cansada y

destrozada y decido esperarlo. Parece pasar una eternidad pero Yoel dobla la esquina y se para en seco al verme.

—Hola —digo con los brazos cruzados. Estoy recostada en la pared del edificio y creo que mi mirada le ha dado a entender que algo extraño pasa.

—Espero que esto sea...algo profesional —logra decir.

Ese comentario me ha dolido. Es cierto, ayer la cosa no acabó bien, pero me duele que sea lo primero que me diga.

—Sí, claro.

Yoel pasa a mi lado y abre la puerta y con la mano me invita a pasar. Una vez en su despacho y cada uno sentado en su sitio me siento inquieta, no sé por dónde empezar.

—Dime —dice muy escueto Yoel.

—¿Tienes tu móvil aquí? —pregunto. Yoel me mira sin comprender.

—¿A qué viene eso?

—¿Tienes el móvil o no? —espeto yo malhumorada.

Yoel ladea la cabeza, supongo que pensará que me vuelto loca o algo similar. Se levanta y se dirige a su mochila, observo como busca y rebusca y luego vuelve a mirarse los bolsillos del pantalón, seguidamente abre el cajón de la mesa y me mira confuso

—Pues parece ser que no...pero...

—Hace un rato alguien me ha llamado con tu móvil, me estaba observando, sabía qué vestido me estaba probando en la tienda y ...

—he de tragar saliva

—¿Y? —instiga Yoel

—Me ha dicho que quizá él fuera el asesino de mi hermana

Yoel enmudece al escucharme, comienza a negar una y otra vez y golpea fuertemente la mano contra la mesa.

—Mierda...mierda...esto no pinta bien.

En realidad tengo ganas de llorar, necesito desahogarme pero no quiero hacerlo delante de él. Yoel se levanta y comienza a pesar de un lado a otro.

—He estado con una clienta hace cosa de una hora y algo. Y luego he ido a comprar...debe de haber sido en ese momento, como soy tan imbécil para no darme cuenta...esto no me gusta...no me gusta —dice hablando más para él que para mí.

De repente me mira y achica los ojos

—¿Has hecho algo? ¿Te has colado en alguna casa?

No puedo evitar soltar una risa estremecedora

—A si...no lo recordaba que soy imbécil y esas cosas —digo cruzándome de brazos

Yoel bufa y cierra los ojos.

—No quería decir eso...

—Pues bien que ayer lo hiciste —comento

—Me pegaste —recalca él con una sonrisa irónica en el rostro

—Y lo hice por algo.

—Gala...

—¡Basta!, estoy cansada...

Me pongo en pie pero Yoel me detiene agarrándome del brazo.

—Escúchame, te pido perdón por lo de ayer, pero déjame un poco más de tiempo. Estoy a nada de descubrir algo, y si no es así luego podrás ir a la policía aunque creo que eso no es lo adecuado.

—Suéltame —digo autoritaria.

Yoel obedece.



—Hoy he ido a denunciar el ataque de ayer, pero tranquilo —digo antes de que añada nada —no les he hablado de ti. Solo he querido dejar constancia de que alguien me persigue.

—Yo... No dejaría que te pasara nada.

Sigo sin mirarlo a la cara y con el semblante serio. Intento olvidar lo que acaba de decir. Tenemos una relación profesional y no debemos implicarnos.

—Te estoy pagando por algo y estoy aguantando para que consigas la información que me comentas, así que haz tu faena cuanto antes.

Dicho esto desaparezco sin dignarme a mirarlo por última vez.

Me dirijo rápidamente en busca de un taxi, no me apetece caminar, lo único que quiero es llegar a mi casa y relajarme a poder ser y olvidarme aunque sean unos minutos de todo lo que está sucediendo. De repente el móvil suena y lo miro con temor, pero respiro tranquila al observar quién es.

—Hola cariño —es la voz de mi madre.

—Mamá, ¿Cómo estás?

—Bien, y ¿tú? No te acuerdas de llamarnos nunca

—Lo siento, estoy muy liada...

—¿Ya has vuelto al trabajo? —pregunta

—No...pero en dos semanas comienzo.

—Muy bien cariño, me alegro, eso hará que te distraigas...estaba preocupada, hace poco hizo un año de la muerte de tu hermana y no sabía nada de ti.

He de tragar saliva. No entiendo cómo puede decirlo así, como si nada. Ellos lo pasaron muy mal, tanto que tuvieron que irse de la ciudad y se fueron a la otra punta del país a vivir, dejándome aquí sola, pero son mis padre y no quiero echárselo en cara.

—Lo sé mamá, estoy bien. Poco a poco

—Iremos a verte el mes que viene, tu padre tiene vacaciones en el trabajo.

—Vale, tengo ganas de verlos —comento, y es verdad. Hace más de tres meses que no los veo.

—Lláname hija, que nunca te acuerdas de tu madre

—Lo haré mamá. Dale un besito de mi parte a papá

—Si mi vida, lo haré. Cuídate mucho

Rememoro el tiempo pasado, lo mucho que debí de tirar de mis padres para que logaran avanzar, mi madre se hundió en una profunda tristeza, no había día que no llorara y mi padre... se refugió en el trabajo. La única salida que encontraron fue la de marcharse, cada rincón de la ciudad les recordaba a ella, las vecinas, familiares...y aunque me dejaron sola, de alguna manera lo entiendo.

Tengo un mensaje de Andrés. Sopeso si llamarlo o no durante unos segundos hasta que finalmente lo hago.

—¡Qué alegría! —comenta Andrés al escuchar mi voz.

No puedo evitar sonreír.

—¿Te gustaría quedar? —le pregunto.

—Claro, pero esta vez en mi casa. Voy a prepararte algo... ya verás.

Aunque una parte de mí me incita a quedarme en casa descansando, decido arreglarme. Me pongo un conjunto de ropa interior bonito y me recojo el pelo en un moño dejando caer algunos mechones alrededor de mi rostro. Me pongo unos tejanos y unas botas y un jersey finito de color beige.

Cuando llego finalmente a su casa, me encuentro con un pequeño piso muy bien amueblado. Comparte piso con un compañero de trabajo, pero me ha prometido que estaremos solos.

—Bienvenida Gala

Nada más entrar me recibe un olor exquisito.

—Madre mía, qué bien huele Andrés —comento esbozando una sonrisa mientras observo el piso.

—Espera a probarlo —comenta removiendo una salsa que tiene puesta a fuego lento.

Andrés me invita a pasar y me sirve una copa de vino. Tiene el cabello suelto y está especialmente guapo.

—No me he atrevido a llamarte, yo... bueno, no sabía si te iba a apetecer volver a verme, pero que sepas que pasé una noche genial.

Me acerco hasta él y lo beso suavemente.

—Fue una buena noche —comento algo tímida.

Después de explicarme un poco como habían ido esos últimos días, comenzamos a comer. Ha preparado carne con salsa roquefort y unas patatas hervidas de acompañamiento. Está muy, pero que muy bueno.

La conversación es agradable y mientras le ayudo a recoger los platos, Andrés me moja. Me lanzo contra él para mojarle la cara con las manos que tengo manchadas también con espuma.

Andrés me retiene y coje mis manos para que no finalice mi plan. Las coloca tras mi espalda y me besa. Su lengua recorre mi boca y yo suelto un gemido.

Me deshago de sus manos y me pongo de puntillas para besarlo mejor, me coje en brazos con facilidad y me tumbo en el sofá.

—¿Puedo? —preguntó tirando de mi pantalón.

—Por supuesto —contesté.

Me desnuda rápidamente y se coloca sobre mí, le ayudo a deshacerse de su ropa y comienza a acariciarme con pasión. Lo empujo con mis piernas para instarle a que entre de una vez. Sí, estoy impaciente.

Me siento extasiada. Disfruto de su contacto.

—¡Sigue, sigue! Yoel...

En cuanto lo digo me tapo la boca con la mano y abro los ojos perpleja. ¡Pero cómo se me ocurre!

Andrés se detiene al momento y me mira.

—¿Yoel?

Trago saliva y lo aparto.

—Lo...lo siento.

—¿Quién es Yoel?

Lógicamente no le ha hecho ni pizca de gracia que pronuncie el nombre de otro mientras nos acostamos.

En tan solo unos segundos había destrozado ese momento.

Comienzo a recoger las cosas y a vestirme sin saber qué decir y al parecer Andrés tampoco sabe qué hacer. Me observaba impasible.

—Escucha —digo colocándome el jersey —lo siento yo... creo que es mejor no volvernos a ver. No sé... soy demasiado complicada y como ves tiendo a hacer las cosas mal.

—Me gustas Gala, más de lo que crees —contesta Andrés mientras se aparta el cabello del rostro.

—Pues no Andrés, no debo gustarte. No podría tener nada más contigo. Estoy completamente rota.

Sin decir nada más me marchó. Estoy segura de que no volveré a verlo.

Son las seis de la tarde, César me ha llamado para que me pase por el trabajo, me ha dado las llaves y me ha dicho que tengo una caja en su habitación para llevarme. Así que estoy en la puerta, con la llave en la ranura a punto de entrar.

Cuando consigo abrirla el olor me envuelve por completo y me noto extraña. No está el aroma a jazmín que caracterizaba la casa de mi hermana. Entro directa a la habitación y me encuentro con la caja sobre la cama.

Me apoyo en la cama y abro la caja, dentro hay dos diarios de ella y un álbum de fotos, aparte de sus abalorios y un peluche que tenía desde que era niña. Agarro el peluche entre las manos e inspiro y decepcionada me doy cuenta de que su aroma ya no está. Eso de alguna manera me pone furiosa, no quiero que desaparezca, no lo consiento. Comienzo a revolver furiosa los cajones y abrir el armario, hay ropa por todos lados pero no huelen a ella, hasta que me doy cuenta de que esa ropa no es de mi hermana. El corazón comienza a latirme a ritmo desenfrenado. No puedo creerlo, me levanto cabreada y me dirijo al lavabo y allí observo frustrada que hay dos cepillos de dientes. Me siento herida y traicionada. La puerta se abre y escucho la voz de César.

—¿Gala? Al final he podido escaparme, ¿te apetece ir a cenar?

César se asoma por el pasillo y se acerca al lavabo. Estoy apoyada en la pica, con las manos agarradas fuertemente en el mármol, los nudillos están blancos y noto mi cara arder.

—¿Estás bien?

Coloca su mano en mi hombro, me doy la vuelta y comienzo a pegarle histérica

—Maldito cabrón de mierda....te odio, te odio —digo entre llantos

—¡Gala! —grita César intentando cubrirse

—La has olvidado...asqueroso de mierda...

Mi llanto ahoga mis palabras. La rabia que inunda mi cuerpo no es normal, estoy fuera de mí y no puedo dejar de pegarle. César consigue agarrarme las muñecas y me abraza fuertemente.

—Cálmate Gala...por favor, cálmate.

Y no sé cómo, paso de estar furiosa a estar abrazada a él como si la vida me fuera en ello.

Después de unos minutos me encuentro sentada en el sofá, aún se derraman algunas lágrimas por mi rostro pero me siento avergonzada pero cabreada a la vez.

—Déjame explicarte —dije César

—¿Ya la has olvidado? —consigo decir con la voz rota.

César me mira con los ojos vidriosos.

—Gala...nunca podré olvidarla, Helena era y será el amor de mi vida

—Eso es lo típico... —digo sonándome la nariz

—Por favor, créeme Gala, pensaba.... pensaba que nunca más volvería a sentir nada, pensaba que con la muerte de tu hermana yo me había muerto con ella pero...

—¿Has conocido a alguien?

—Sí —contesta. Me agarra de las manos y me mira muy tenso.

—No puedo entenderlo, yo...

—La conocí hace unos meses. He vuelto a ilusionarme, no la amo, nunca podré hacerlo como lo hice con Helena, pero ella hace que vea una luz cada día, que pueda ser feliz y me aferro a ello tanto como puedo. Y bueno, a veces se queda a dormir y por eso trae cosas, no vivimos juntos, aún no puedo y menos en la casa de tu hermana.

Su discurso no acaba de convencerme pero no puedo juzgarle, tiene derecho a rehacer su vida, aunque para mi haya pasado muy poco tiempo.

—Siento haberte pegado...—comento avergonzada

—No pasa nada, te entiendo.

—Llevo...unas semanas duras y ...

—Sabes que puedes contar conmigo ¿verdad? — César sigue cogiendo mis manos y me sonríe tiernamente

Por un momento estoy dispuesta a contarle lo que está sucediendo, pero prefiero no hacerlo, no quiero inmiscuirlo en ello.

—S  —contesto finalmente.

Me pongo de pie y voy a buscar la caja.

—Vuelve cuando quieras Gala, esta será siempre tu casa.

Asiento y me marcho. No volver  nunca a esa casa. Ese ya no es el hogar de mi hermana.

## IX

—Que pivón...—comenta Ana mientras baja las escaleras de la entrada de su casa. Me da la mano para que dé una vuelta y me contempla de arriba abajo.

Visto unos pitillos claros con la costura remarcada que hace que mis piernas se vea más largas y mí cuerpo más redondeado. El escote que luzco es demasiado provocador hasta para mí. Es una camisa sin mangas y el escote cae hasta el ombligo. He bailado, saltado en casa poniendo a prueba la camisa, temía enseñar un pecho en un descuido. Es blanco resalta el color tostado de mi piel. Me he recogido el cabello en una coleta alta y me he maquillado lo justo, como siempre.

Eli aparece detrás de Ana con un cubata en la mano

—¡Que empiece la fiesta!

Decidimos coger un taxi y antes de ir a la discoteca de la última vez vamos a un bar para tomar algo.

—¡Brindemos! —comenta Ana

—Por la amistad —digo yo.

Alzamos nuestros chupitos y los chocamos, entre risas los bebemos y no puedo evitar poner una mueca de asco. Está malísimo

—La próxima vez elijo yo —comenta Eli —parece veneno, *buag*

Ana estalla en una carcajada y nos acercamos a la pista. Es un pub pequeño pero hay gente bailando y nosotras solo necesitamos una chispa de alcohol para volvernos locas.

Comenzamos a bailar y a contonearnos, Ana tararea la canción como una loca mientras observo como Eli hace ojitos a un chico que



está en la barra.

—A por él —le susurro, pero Eli niega con la cabeza

La miro extrañada., Eli es una ligona nata.

—No me gusta.. —comenta

Alzo los hombros y continúo bailando. La noche es joven y es nuestra.

Cansadas del pub, nos dirigimos a la discoteca donde había estado por primera vez con Yoel. Hay mucha gente. Antes de entrar observo a Eli inquieta.

—Creo que me voy a casa —comenta. Está pálida.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Ana preocupada

—La verdad es que no...me voy a casa, lo siento

—Te acompañamos —comento

—No, no quiero estropearos la noche, ahí mismo hay un taxi.

Intento convencerla pero Eli insiste. La acompañamos hasta el taxi y nos despedimos de ella.

—Antes tenía más aguante —comento

—Bueno, es nuestra noche, vamos a pasarlo bien —ríe Ana y me estira de la mano.

Es el segundo cubata en esa discoteca, he perdido la cuenta de cuantas bebidas llevamos. Bailamos animadas, la música nos acompaña. Por un momento me he olvidado del calvario de esos días y sonrío feliz.

Ana está bailando con un moreno, y aparenta bastante menos edad que la que tenemos nosotras pero no parece importarle, pues en cuestión de segundos observo como sus bocas se unen en un beso apasionado. Rio y me separo un poco para darles espacio. En ese instante el amigo de ese chico se acerca a mi sonriente. Es castaño,

alto y delgado. Tiene una sonrisa bonita y me agarra de la cintura. Comenzamos a bailar e intenta decirme algo un par de veces pero no lo entiendo. Me da la vuelta y me agarra con la mano de la cintura mientras muevo mi cuerpo pegado al de él. Levanto la mirada y la sonrisa me desaparece del rostro cuando observo a Yoel bailando con una morena de infarto. En ese instante él se percata de mi presencia y me observa con una mirada fría. No puedo creerlo, no entiendo como puede ser que otra vez nos encontremos en ese mismo sitio. Será por discotecas. Noto un calor abrasar mis entrañas. Celos. Y me detesto por sentir eso. Yoel ha dejado de bailar y sonríe cuando la chica le dice algo al oído. Y ante mi atónita mirada la besa. Aprieto los puños cabreada y me doy la vuelta, no quiero ver nada más.

—¿Estás bien? —comenta el chico al ver mi mirada crispada

—Sí —contesto secamente

Y antes de poder si quiera mirarle me besa. Me quedo parada pero decido devolverle el beso. Me agarra fuertemente y me empuja contra él. No me gusta, no me gusta su contacto ni sus besos y decido apartarme. Pero él continua e insiste y levanta la mano para cogerme del mentón y acercarme de nuevo a él.

—No, lo siento yo...

El chico parece no entenderlo y me deshago de su abrazo para escabullirme, quiero salir fuera y fumar. La noche se ha fastidiado, camino rápido pero noto como me cogen del brazo.

—¿Qué pasa? ¿No te gusto?

—Pues no —contesto sin mirarle.

—Calientapollas —masculla el chico malhumorado.

No puedo creer lo que acaba de decirme, y por segunda vez bofeteo a un chico en pocos días. Pero él no se detiene como lo hizo

Yoel sino que me agarra del brazo fuertemente y me grita enfadado

—¿Pero quién coño te crees que eres?

—Déjame —mascullo asustada. Me aprieta fuertemente y me está haciendo daño, pero no quiero montar un espectáculo así que intento sin éxito zafarme de él.

Me agarra de la barbilla fuertemente y me obliga a mirarlo.

—Que sea la última vez que me tocas, antes de moverte como una zorra piensa lo que haces.

—¡Que te den! —grito y lo empujo.

Atónita observo como vuelve acercarse a mí y a su vez me empuja tan fuerte que pierdo el equilibrio y caigo redonda al suelo. Una rabia me inunda y cuando miro al frente observo como el chico se arrepiente de lo que acaba de hacer. Se acerca, pero alguien me alza rápidamente y se interpone entre nosotros.

—¿Qué problema tienes? —escucho que le dice Yoel al muchacho

—Ninguna, si esa gilipollas no me hubiera calentado.

Yoel se gira y me mira, tiene el ceño fruncido y aprieta los labios. Vuelve la mirada hacia el chico y en un segundo se abalanza sobre él. Lo agarra de la pechera y lo empuja contra una de las columnas que presiden la discoteca. Alza el puño y le grita enfurecido.

—¡Empújame a mí si te atreves!

Pero el chico consigue apartarlo y descarga un puñetazo en la cara de Yoel. Me tapo la boca asustada, no sé qué hacer. Yoel le devuelve el golpe, uno tras otro. Quiero intervenir pero no me atrevo, por suerte los porteros aparecen y los apartan, uno de ellos arrastra a Yoel hasta la salida y le dice que no vuelva a entrar. Corro detrás de ello y persigo a Yoel que enfadado chuta una lata de cocaola.

—Cálmate —le suplico.

Yoel se gira y me observo. Temo su mirada y me quedo parada. El ladea la cabeza, algo que me he dado cuenta que suele hacer cuando algo no le gusta. Se acerca a mi tan rápido que doy unos pasos atrás y me topo con una pared. Yoel me agarra de los hombros y me mira intensamente.

—Todo por tu culpa —masculla con la boca apretada

—Lo siento, yo no quería esto yo...

Y antes de poder seguir Yoel me besa. Me da un beso arrollador que acepto sin pensarlo. Sus labios ardientes se acoplan a mí perfectamente. Su lengua me acaricia y noto un calor abrasador devorarme. Cuando finalmente nos separamos nos miramos y no sé qué decir.

—He sentido celos, nunca en mi vida los había sentido y cuando he visto cómo te empujaba...nunca me había pegado con nadie así por que sí.

—Lo siento —vuelvo a decir —pero tú estabas con esa chica, te estabas besando y además nuestra relación es puramente profesional.

Yoel alza las cejas y rie. Sigue pegado a mí y agarrándome de los hombros.

—¿Realmente crees que nuestra relación puede ser puramente profesional? Quizá para ti sí, pero he estado pensando en ti todos estos días, intentando contenerme para no llamarte y...

—Te estabas besando con ella.

—Lo sé —confiesa —solo deseaba apártate de mi cabeza, es un antiguo ligue.

—Tienes el pómulos rojo ¿te duele? —comento rozándole con el dedo, y cuando observo como hace una mueca y se aparta no necesito

que conteste. Yoel no parece satisfecho, pues no he contestado a su confesión pero es que no se qué decirle.

—Vente a mi casa.

—Vamos —digo sin pensarlo.

Yoel me coge de la mano y me arrastra hasta su coche, ese simple contacto hace que recuerdo sus caricias y me muerdo el labio nerviosa.

El camino hasta su coche lo pasamos en silencio, él no dice nada pero continúa con su mano agarrada a la mía, solo la suelta para cambiar de marcha.

Vive en un ático, grande y espacioso. Está muy ordenado y huele a canela. Me gusta, es acogedor. Abre la nevera y saca dos aguas.

—Es una noche bonita, ven voy a enseñarte mi lugar preferido.

Me lleva hasta el balcón. Unas escaleras en forma de caracol nos lleva hasta la terraza superior. Es grande y cuadrada, tiene una mesa de madera enorme y unas sillas donde nos acomodamos. Yoel me ofrece el agua y apoya su cuerpo en la silla y observa con detenimiento el firmamento. Lo imito y miro hacia arriba. Aunque no es la noche en la que más despejado está el cielo se observan las estrellas y no puedo evitar sonreír.

—Yo también me puse celosa cuando vi besarte con ella

Miro de reojo a Yoel y aunque él no me mira sonrío, vuelvo a observar ese aro juvenil que lo envuelve. Se ha cortado el pelo y llevo un pequeño tupé peinado. Sus ojos rasgados y marrones le dan ese aire exótico que tanto me atrae. Gira la mirada hacia mi y se muerde el labio. Me ofrece la mano y yo se la doy, me empuja para ponerme en pie y me coloca a horcajadas sobre él. Lo miro extasiada, es la primera vez que siento algo tan apasionado por alguien. Aunque creo que él

siente mucho más que yo, y no, no es amor, es solo atracción, pero con eso me basta.

Yoel deja el agua en el suelo y coloca su mano en mi espalda y la otra en mi cara. Acaricia mis labios pero sin dejar de mirarme. Me acerco lentamente hasta él y lo beso, con dulzura, con cariño. Sus labios son suaves y me enloquece besarlo. Comienza a devolverme el beso mas pasionalmente, me muerde el labio inferior e introduce su mano por dentro de la camisa y me acaricia la espalda. El vello se me pone de punta. Le rodeo el cuello comienzo a moverme sobre él. Emite un gruñido y no puedo evitar sonreír.

—¿Vas a sacar a la bestia? —digo risueña.

El asiente y se pone de pie y me coloca encima de la mesa.

—Voy a hacerte el amor bajo las estrellas —comenta en mi oído y noto el latir de mi corazón alocado. ¿Puede ser que esté equivocada y sea amor? ¿Pero el amor surge tan rápido? Despisto estas ideas cuando Yoel me acaricia sobre el pantalón. No puedo resistirme a él.

Me tumba en la mesa y con una mano se deshace de mi camiseta, mis pechos quedan al descubierto y Yoel me mira sorprendido

—¿Ibas sin sostén?

Asiento mientras me muerdo el labio y él sonríe picarón. Desciende por mis pechos y curvo la espalda de placer, baja poco a poco hasta quedar de rodillas, se deshace de mis pantalones y mis braguita y hunde la boca en mi muslo, lo muerde y suelto un grito ahogado hasta que con su lengua recorre mi parte íntima y creo desfallecer. Le agarro de la cabeza y meneo las caderas para intensificar el placer.

Después de unos minutos en los que creo que voy a morir cesa ese placentero calvario, vuelve a ponerme sentada y yo agarro con fuerza

su hebilla del pantalón y lo acerco más. Hundo mi mano en su interior y comienzo a masajearlo y a pellizcar con mi boca sus pezones, el gime de placer y sigo con ello un buen rato hasta que me aparta.

—No sé qué me haces, normalmente aguanta más pero es que no puedo.

Se deshace de su ropa y se pone en cuestión de segundos un preservativo.

—¿Estás preparada? —pregunta mientras vuelve a besarme y a hundir su mano en mi sexo. Comienza acariciarme y yo lo aparto. Junto mis piernas a su alrededor y lo empujo para que adentre en mí.

Lo hace y gimo de placer contra su boca. Comienza a moverse y yo también, quiero notarlo, no quiero perder nada de él. Me gusta como gime, como se retuerce de placer en cada embestida. Estoy a punto de estallar en un inmenso orgasmo cuando comienza de nuevo acariciarme y hace que ese orgasmo me catapulte al placer absoluto. Un calor abrasador nos embriaga y el respira entrecortadamente.

—Fantástico —comenta mientras vuelve a besarme

—Me has dejado sin aliento —comento risueña.

Me agarra en volandas y él se sienta en la silla y yo encima de él. Nuestros cuerpos sudorosos se resisten a separarse y lo beso tiernamente.

—¿Te quedas a dormir?

—Eso no sería profesional.

—Hagamos una excepción esta noche.

Me pellizca suavemente de la mejilla y yo me inclino para besarle, bajo el manto de las estrellas.

## X

—Despierta dormilona...

Noto una caricia en el brazo y refunfuñando abro los ojos. Yoel está sentado al filo de la cama y me observa sonriente. Acaba de salir de la ducha, el olor a su perfume me envuelve.

—¿Qué hora es? —pregunto estirando los brazos.

—Las once y media —contesta Yoel tirando de mí —vamos espabila, quiero desayunar contigo antes de irme, tengo trabajo.

—Pero si es domingo —comento poniendo los pies en el suelo y un enorme bostezo hace que lagrimee un poco.

—No tengo horario, bonita. Soy un investigador privado las 24 horas del día.

Ha preparado unas tostadas y café. Aunque no tengo el apetito abierto me como una tostada para que no me diga nada.

—Tengo todos los coches fichados menos dos, así que cuando tenga a los conductores te pasaré una fotografía para ver si reconoces a alguno.

—Vale —contesto aún aletargada.

No estoy lo suficientemente despierta como para hablar, así que en cuanto acabo de comer me visto y salgo junto a él.

—Yo me voy por aquí, ¿te acompaño a casa?

—No, prefiero caminar, a ver si me despierto ya, que llevo una tontería encima... —comento suspirando.

Yoel me mira sonriente, con esa jovialidad que le caracteriza. Se acerca y me besa con dulzura en los labios.



—¿Volvemos a tener una relación meramente profesional?  
—pregunto mientras comienzo a alejarme.

—Ya se verá —dice Yoel mientras cruza una calle.

Mientras camino hacia mi casa el móvil me suena.

—Dime —contesto

—¿Cómo has pasado la noche? Espero que bien, porque te he estado llamando, ayer desapareciste y no sabía nada de ti, salvo lo que nos comentó el imbécil de mi ligue, así que supuse que estabas con tu investigador.

—Sí, pasé la noche con él.

—Ui, ui, ui, demasiados encuentros... —comenta risueña Ana

—No seas petarda —añado riendo —¿Y tú?

—Me lo lleve a casa, un polvo mágico y se acabó.

—No te quejes —comento mientras detengo a un taxi, he cambiado de opinión, no tengo ganas de caminar.

—Si no lo hago... —dice. Y escucho de fondo la voz de Eli.

—¿Cómo está Eli? —pregunto

—Bien, esta mañana se ha despertado como una rosa, le sentó mal el alcohol.

—Nos hacemos viejas —espeto en tono dramático

—Eso dilo por ti, yo estoy en la flor de la vida.

Cuando llego a casa me voy directa a la ducha, me doy una ducha larga y tendida y no puedo evitar sonreír al recordar la noche con Yoel. Sus manos recorriendo mi cuerpo, su lengua, su cuerpo...y he de detenerlo porque no sé cuándo volveré a verlo.

Salgo de la ducha y me pongo algo cómodo, quiero pasar el día en casa relajada y quizá ver alguna peli. El cielo está grisáceo así que lo

más seguro es que acabe lloviendo. Un día perfecto para no hacer nada.

El sonido del timbre de mi casa me sobresalta, corro a preguntar quién es pero nadie contesta. De repente me percató que estoy pisando algo, es una hoja blanca.

*Se acerca el día, tu distinto está hilado al de tu hermana, si no hubieras sido tan cabezota no habrías sido la siguiente elegida, prepárate para morir. Te queda poco.*

Está escrita a ordenador, las manos me tiemblan y siento un miedo atroz. Echo el pestillo y cierro rápidamente todas las ventanas del piso. Me hago un ovillo en el sofá y leo una y otra vez la nota. He de ir a la policía de nuevo, esto se está yendo de las manos.

—Dime Gala —la voz de Yoel suena al otro lado del teléfono.

—Lo siento, pero he ido a la policía de nuevo.

Se escucha un silencio y no dice nada

—Yoel, ven a mi casa, tengo que enseñarte algo, tengo miedo.

A la media hora el timbre vuelve a sonar, no puedo evitar sobresaltarme y con miedo contesto pero me calmo cuando escucho su voz.

Yoel está serio y en cuanto entra se sienta a mi lado al sofá.

—Toma —le digo pasándole la nota.

Yoel la lee una y otra vez hasta que levanta la vista y la posa en mí.

—Lo siento Gala...has hecho bien en ir a la policía, esto ya se ha ido de las manos. ¿Qué te han dicho?

—No sabía qué decir, creo que me estoy obsesionando, todo el mundo me parece culpable...así que les he explicado lo justo. Que había recibido llamadas y lo de que mi hermana seguramente había

sido asesinada por una secta o algo similar. —Me froto la sien cansada —y poco más. No les he dicho nada de ti ni tu investigación, total no sé ni si me han creído.

—Pues claro que te han creído —Yoel acorta la distancia que nos separa y pasa un brazo por detrás del sofá. Inconscientemente apoyo la cabeza en su pecho.

—Voy a pedir que traigan comida china, así me quedo contigo, ¿vale?

Levanta la mirada y sonrío. Yoel me acaricia la mejilla y se inclina para darme un beso. De repente un pensamiento fugaz se cruza por mi mente. Desde que conocí a Yoel todo comenzó a tornarse amenazador, comencé a ser perseguida y recibí esta nota. ¿Y sí...? Pero no, no podía ser. ¿Qué casualidad podría llevar a que el investigador que me presentó Ana, tuviera algo que ver? Era imposible.

Yoel ha tenido que marcharse, quiere seguir con la investigación y acabar cuanto antes. Pero por temor a quedarme sola he llamado a Eli y Ana y como buenas amigas que son han acudido a mi casa en un santiamén. Han traído la cena y pelis, una noche de chicas en toda regla.

—No quiero ver Titanic, Eli —comento

—Mejor una comedia —comenta Ana —tengo la de...

El móvil interrumpe la conversación, me levanto rápidamente y al ver que es Yoel me voy a la habitación para hablar tranquilamente.

—¿Pasa algo? —pregunto sentada en mi cama

—Creo que debería decirte esto en persona, pero ahora mismo no puedo ir a tu casa y... tienes que saberlo.

—¿El qué? —Yoel no habla —me das miedo.

—Acabo de saber quién es el propietario de uno de los coches de casa de Julio.

No sé si quiero preguntar quién.

—Helena Méndez

Abro la boca pero no digo nada. Eso es imposible.

—Yoel debes de haberte equivocado, esa es mi hermana y mi hermana está...

—Lo sé. Así que continué mirando hasta que vi que hace poco más de ocho meses el nombre del propietario se cambió. —Noto como carraspea al otro lado del teléfono —César Ruiz.

—¿Qué?! —grito

Me pongo de pie y comienzo a caminar de un lado a otro de la habitación.

—No, no...no puede ser —comento mientras el llanto asola mi garganta.

—Escúchame Gala, es imposible que me equivoque. No quiero que hagas nada, que vayas a la policía ni que le digas nada. Eso te pondría en evidencia. Déjame hasta mañana que acabe con las pruebas e iremos juntos a la policía. —no contesto —¿me escuchas?

—Sí —logro decir con un hilo de voz

—Lo siento... —Yoel cuelga.

Me siento en la cama y comienzo a llorar. El llanto es desgarrador y eso hace que mis amigas acudan rápidamente hasta mi habitación. Estoy tumbada en la cama hecha un ovillo ahogándome con mis propias lágrimas. Mi cuñado, no puedo hacerme a la idea, debe haber algún error. Él la amaba sobre todas las cosas, siempre tan educado, tan correcto...no era posible.

—Cariño... —dice Ana al verme.

Cada una se sienta a mi lado y noto sus manos reconfortarme.

—Vamos, levanta —me ordena Eli.

Como un zombie las obedezco y me quedo en el filo de la cama con la mirada perdida. El llano ha cesado pero el dolor continúa fustigándome el corazón.

—¿Qué ha pasado? —pregunta

Y haciendo un esfuerzo sobrehumano consigo sacar voz para narrarles lo ocurrido.

—¿Estás segura? —comenta Ana

—No sé...confío en Yoel pero...

—Es un nombre, un coche, no tiene evidencias de nada —comenta Eli.

No sé qué decirles así que lo único que hago es encogerme de hombros.

—Te voy a traer agua —comenta Ana.

Eli me mira apenada y me envuelve en sus brazos

—Todo acabará pronto, ya verás, ten fe —me dice mientras me besa la frente —vente mañana a casa con nosotras, ven a cenar, por favor, no estés sola.

Asiento y abrazo a mi amiga como si no hubiera mañana.

## XI

Me despierto con un dolor de cabeza brutal. He pasado una noche fatal, no he podido pegar ojo y el poco rato que he conseguido dormir he tenido pesadillas tan macabras que deseo no recordarlas.

Ana y Eli se han marchado a trabajar temprano. He de hacer algo para mantenerme distraída hasta que Yoel me llame. Así que, comienzo a limpiar de arriba abajo el piso para no pensar en nada más.

—Yoel —contesto cuando suena el móvil.

—Lo siento pero no, soy César.

Noto un nudo en el estómago y un calor abrumador se apodera de mi rostro.

—Hola —contesto secamente.

—He pensado que podríamos cenar juntos hoy.

—No —soy demasiado tosca —he quedado con Ana y Eli para cenar...lo siento.

Se hace un silencio al otro lado del teléfono

—Bueno, no pasa nada.

—Te llamo yo para quedar otro día, ¿te parece? —digo esta vez con un tono más risueño intentando disimular.

—Perfecto, un beso —y cuelgo.

Me siento en el sofá y enciendo un cigarro. No puedo más con esta situación, me va a dar un infarto. Decido llamar a Yoel. Le explico que me ha llamado y que he intentado sonar normal. Yoel me dice que no ha podido hacer nada esta mañana por un tema de otro trabajo pero que después de comer reunirá todo lo que tiene y lo poco que le falta

por saber de los asistentes a casa de Julio y que me acompañará a la policía. Me ruega por favor que vaya con cuidado.

He pasado el día distraída, mirando fotos de las dos y viendo la tele. Necesito distraerme, pero me da miedo salir sola a la calle, como bien pone en la carta, mi final se acerca. No quiero morir, no quiero acabar como mi hermana, por suerte, esa misma noche todo habrá terminado. Lo único que deseo es que esos policías nos crean e investiguen y me protejan y descansar sabiendo que el asesino de mi hermana está entre rejas.

Llego demasiado pronto a casa de Ana y Eli, y solo encuentro a Eli.

—¿He llegado muy pronto verdad?

Eli está fregando los platos.

—Para nada, siéntate.

Me sirve una copa de vino y comenzamos a conversar. Sé que como buena amiga intenta distraerme del tema y habla de todo para que no piense en lo ocurrido.

—Llevo toda la tarde cocinando. He hecho unas patatas al horno para morirse, una ensalada de verano y un bizcocho —comenta risueña.

—Seguro que está buenísimo.

Son más de las ocho y media y Ana aún no ha aparecido.

—Voy a llamarla —comenta Eli—. Vuelvo enseguida.

Desaparece en su habitación y yo me quedo sola ojeando una revista. Recibo una llamada de Yoel.

—Ya casi estoy —dice —ahora mismo te voy a pasar unas fotos para ver si reconoce a alguien más.

—Vale —contesto nerviosa.

—¿Eli? —pregunto

—¡Estoy en el baño! —grita.

Enseguida recibo un mensaje. Son las imágenes de los asistentes a casa de Julio. Comienzo a ojearlas una a una pero no me suena nadie. Siento un odio terrible por esas personas hasta que llego a la cara de ese malnacido. Bajo y me encuentro con la última foto y he de mirarla dos veces para dar crédito a lo que veo. Abro los ojos como dos platos y noto como mi corazón deja de latir. Un nudo acompaña esa sensación de mareo que inunda mi cabeza. No puedo creer lo que acabo de ver.

—¿Estás bien? —comenta Eli cuando entra en el salón.

—Sí —contesto sonriendo falsamente.

—Ana no puede venir, ha quedado con el chico de la otra noche, así que cenemos las dos.

—Vale, pues voy yo ahora al lavabo y cenamos, me muero de hambre —comento sonriendo.

Me encierro en el lavabo y llamo a Yoel, no lo coge. Me maldigo y le envío un mensaje. Conozco a esa última persona y quiero que venga a buscarme a casa de Eli y Ana. Decido llamar a Ana y da tono, escucho su teléfono y cuelgo extrañada.

—¿Quieres más vino?! —grita Eli

—¡No, agua! —contesto nerviosa.

Salgo sin hacer ruido y me cuelo en la habitación de Ana. Enciendo la luz y no puedo evitar emitir un sonido estridente cuando la veo tumbada en la cama con la ropa del trabajo. Parece estar muerta.

—¡Joder! —escucho a mis espaldas

Me doy la vuelta y observo a Eli. Lleva un cuchillo en su mano y me mira con esos ojos verdes de una manera tan atroz que tiemblo de



pies a cabeza.

—¿Está muerta? —es lo único que consigo decir, mientras camino poco a poco hacia atrás.

Eli se acerca apuntándome con el cuchillo y tranquilamente responde.

—No, solo dormida. No soy tan sádica —comenta riendo.

—¿Vas a matarme? —pregunto asustada

—Sí.

Esa afirmación me enerva y salgo disparada contra ella. La golpeo contra la pared, no se esperaba mi ataque. Noto un arañazo y miro mi brazo. Me ha cortado con el cuchillo. De repente noto como me mareo, todo a mí alrededor se torna borroso y siento ganas de devolver.

—Por fin hace efecto la puta droga.

Es lo último que escucho antes de caer inconsciente.

Noto la boca reseca, y un dolor de cabeza abrumador. Abro los ojos poco a poco y noto como mi estómago se contrae y sin evitarlo comienzo a devolver. Caigo al suelo sin fuerza y me apoyo de rodillas.

—Que asco —es la voz de Eli.

Levanto la vista y la observo vestida de blanco, es irónico pues parece un ángel. Ella camina hacia mí y se agacha.

—Voy a tener que atarte.

No digo nada. Eli me agarra y me sienta en una silla, coloca mis brazos en mi espalda y me anuda una cuerda a las muñecas. Observo rápidamente el lugar, y es justamente lo que me describió Yoel, así que rápidamente entiendo que estoy en el sótano de Julio, donde esa secta práctica lo que sea que hagan.

—¿Por qué? —consigo decir. La garganta me quema.

—Me enamoré. Los hombres Gala, siempre son ellos.

La puerta se abre y observo una figura acercarse. Reconozco enseguida a César y noto como los ojos se anegan de lágrimas. Este me observa serio, agarra a Eli y la besa fervientemente. No puedo dar crédito.

—¿Metiste a esta hija de puta en la casa de mi hermana? ¿Tú la mataste verdad?

César asiente y coge un taburete para sentarse enfrente de mí.

—Te he querido, os he querido siempre y como tal creo que te mereces una explicación.

—¿Qué nos has querido? —espeto con frustración.

—Lo que te dije una vez es cierto. Siempre he amado a tu hermana y siempre lo haré.

Eli aprieta la mandíbula y desvía la mirada.

—Yo estaba frustrado Gala, nada me salía bien, tu hermana no podía quedarse embarazada, mi trabajo me deprimía, mi familia no me miraba a la cara...y un día conocí a Julio. Él me abrió las puertas, me enseñó el verdadero camino y el significado real del sacrificio.

—¡Eres un cabrón! —grité.

—El precio era caro Gala, tuve que sacrificar a lo que mas quería para encontrarme a mí mismo. Para conseguir mi felicidad —hace una pausa y se acerca. Seca una de mis lágrimas y yo ladeó la cabeza para deshacerme de su caricia. —tu hermana ha logrado llegar al paraíso, está en un lugar privilegiado...

—¿Pero cuando se te ha ido tanto la cabeza? Maldito cabrón....  
—comienzo a llorar. No doy crédito a nada de lo que está sucediendo.

Comienzo a gritar alocadamente y noto como la cabeza me va a estallar.

—¡Basta! —una mano cruza mi cara y me hace callar.

—Conocí a Eli una tarde, dio la casualidad de que era tu amiga y ella ya conocía este grupo. Para poder estar a nuestro nivel debía sacrificar algo también y nuestro amo, le dijo que el mejor sacrificio era conseguir a la otra hermana. Un pleno, una totalidad y los dos viviremos felizmente los años restantes y tú no seguirás sufriendo por tu hermana. Te reinarás con ella, como siempre has querido.

No soy capaz de levantar la mirada ni dar crédito a lo que está sucediendo.

—Has adelantado las cosas —comenta esta vez Eli —con tu investigador privado...hemos intentado que te echaras atrás, pero estabais a punto de descubrirlo todo, así que tuvimos que adelantar los hechos

—Zorra...yo pensaba que eras mi amiga. ¿Vosotros habéis estado detrás de todo lo que me ha pasado estos días?

—El otro día me fui de la discoteca al ver a tu noviete, temía que hubiera podido ver mi cara ya y...yo fui quién le robó el móvil. Ha sido muy divertido—Eli comienza a reír pero César con una mirada la hace callar. —Por cierto. El diario y todo eso lo coloqué yo hace poco, si lo hubiera leído la policía habría encontrado una pista sobre la que investigar.

Me lo comenta todo como quien te explica lo que ha hecho en un día normal. ¿En qué momento he tenido una amiga psicópata?

—Cuando llegue Julio empezará el sacrificio. Los demás no han podido venir, no hemos avisado con suficiente tiempo, pero no importa. Se llevará a cabo igual.

Salen de la sala y me dejan con la única luz de las velas. No sé qué puedo hacer, va a llegar mi fin, voy a morir igual que lo hizo mi hermana. He fracasado estrepitosamente. Me sumo en un llanto en

silencio mientras observo la estancia. Es parecida a unas cavas, pero la decoración no tiene nada que ver. Las paredes están pintadas con trazos de sangre seca, y observo que a mi derecha sobre una mesa descansa un cuenco de metal. No quiero imaginar para que es.

Escucho unos pasos, y la puerta se abre. Aparece César vestido de blanco igual que Eli y detrás aparece Julio. Visten todos iguales, pantalones de lino blanco y camisa blanca con las mangas anchas. Julio se acerca sonriente.

—Bueno, por fin has descubierto que le pasó a tu hermana ¿eh?

Me muerdo el labio, la rabia que siento no es humana.

—¿Cómo lo hicisteis, como la engañasteis? —consigo decir.

—Muy fácil. Le hice creer que firmaba un contrato con mi empresa y los invité a cenar. —Julio abre un pequeño estante de cristal adornado con una calavera y de él extrae un cuchillo con un mango de madera —la dormimos con un sedante y luego la sacrificamos.

—¡Estáis enfermos! —grito desesperada

—No, los sacrificios se han hecho siempre, Grecia, Roma... no matamos por matar, todo tiene un significado.

Les hace un gesto con la cabeza a cada uno y Cesar se acerca a mí. Me desata y me obliga arrodillarme

—César... —digo mirándolo —no lo hagas...por favor...

Cesar se acucilla enfrente de mí. Agarra mi rostro y me besa suavemente la frente

—Gala, cuando te reúnas con tu hermana dile que siempre la querré, y que me perdone.

Aprieto la mandíbula y le escupo en la cara

—¡Que te jodan, maldito lunático!

Eli me agarra de un brazo y César del otro. Me ponen con los brazos en cruz y me mantienen arrodillada.

Julio se acerca con el cuchillo en la mano y se arrodillan frente de mí. Besa el cuchillo y lo alza y dice algo en una lengua que soy incapaz de entender.

—Desnudadla

César tira de mi camiseta hasta romperla y me deja completamente en sujetador, a su vez Eli comienza a desabrocharme el short.

—¡No, no! —comienzo a moverme histérica.

César me sostiene con rudeza mientras Eli intenta quitarme el pantalón. Me resisto y le doy una fuerte patada en el rostro.

Eli chilla retorciéndose en el suelo.

—Tendría que estar dormida joder, siempre dan guerra —comenta Julio con una mirada de odio.

Se acerca decidido hasta a mí y me abofetea tan fuerte que noto como los dientes me rechinan.

—¡Cállate! —espeta enfurecido.

Me quedo quieta. Me duele toda la cara y no sé qué me ocurre pero me quedo sin fuerzas, no puedo luchar, no tengo salida. Las lágrimas se derraman por mi rostro, voy a morir.

César estira de mi pelo hacia atrás mientras que con la otra mano aguanta mi brazo. Julio vuelve a su posición arrodillado y acerca el cuchillo a mi cuello. Noto el frío del acero y trago saliva. Cierro los ojos, dispuesta a abrazar la muerte, solo deseo que el dolor no dure mucho.

—Espera —escucho a César

Julio separa el cuchillo de mi garganta. Y entonces lo escucho, el ruido de unos cristales.

—Que no se mueva —comenta con los dientes apretados Julio.

Desaparece rápidamente por la puerta y entonces todo sucede muy rápido. Escucho voces, forcejeos y un grito. Y todo se queda en silencio.

—Agárrala —comenta César.

Se separa de nosotras y se acerca a la escalera. La puerta se abre y abro los ojos cuando lo observo.

—Yoel...—consigo decir.

Está sudando y tiene las manos manchadas de sangre, un arañazo en la mejilla y un corte que asoma por su brazo que no cesa de gotear.

Yoel me mira con el ceño fruncido y luego a César y Eli. Levanta un arma que sostiene en la mano y los apunta

—Soltadla —ordena.

—No —contesta Eli.

Me pone de pie y me estira del cabello para dejar mi cuello al descubierto. Me empuja contra la pared y abre un cajón, de él extrae un cuchillo, igual que el otro y lo coloca en mi garganta.

—Antes de que aprietes el gatillo ella estará muerta.

Yoel comienza a bajar las escaleras poco a poco, sin temblar, sostiene el arma y apunta a Eli.

—La policía llegará en unos segundos, están avisados, no tienes escapatoria.

César está inmóvil, observando la escena.

—Al suelo —ordena Yoel

César levanta las manos y se tira al suelo.

Yoel baja las escaleras y se acerca a nosotras.

—¡Mátala! —rujo encolerizada —ellos mataron a mi hermana —digo llorando.

Eli aprieta el cuchillo en mi garganta y noto como se clava.

—¡No! —grita Yoel.

Observo como César se levanta, tan rápido que no soy capaz de avisar a Yoel. Lo embiste y los dos caen al suelo. Aprovecho ese momento para darle un cabezazo a Eli, la pillo desprevenida y me suelta. Pero antes de poder siquiera dar un paso me agarra de nuevo del pelo y me empotra contra la pared. Grito al notar un dolor punzante en mi pómulo. Me giro y Eli descarga un puñetazo contra mi rostro. Pienso en mi hermana y en todo lo que hizo, y con una furia comienzo a golpearla. Me vuelvo loca, estoy fuera de mis casillas y entonces escucho un disparo.

Las dos nos separamos y miramos a los dos chicos que están contra la pared. El corazón se me detiene y observo como Yoel cae de rodillas al suelo. No puede ser.

—¡Yoel! —grito desgarrándome la voz

Me duele todo. Me cuesta respirar.

Intento caminar hacia el pero César le da una patada y Yoel cae inerte al suelo. Noto como el corazón se me rompe en pedazos y todo mi mundo se desmorona.

Me arrastro hasta Yoel y no noto su pulso. No hay escapatoria, no hay salida alguna y he arrastrado al hombre que amo a una muerte segura.

No tengo fuerzas para seguir viviendo.

César me apunta con la pistola y Eli me sostiene de nuevo por la espalda.

—Vamos a acabar lo que hemos empezado. No nos lo pongas más difícil, mira que has hecho, lo has matado a él.

Grito desesperada y lloro desconsoladamente. César me apunta desde la escalera y escucho el sonido de la pistola, el peso de las balas. La puerta se abre de par en par.

—¡Alto! ¡Suelta el arma!

Dirijo mi vista y observo a un hombre que apunta a César con una pistola. La policía. Sonríe sin creer la suerte que he tenido y entonces César dispara. El sonido surca rápidamente la distancia que nos separa y mi cuerpo se convulsiona cuando la bala impacta en mi pecho. Suelto un último aliento. El dolor es horrible. Y caigo en una oscuridad sin remedio.



# XI

Una mano cálida me agarra del rostro. Abro los ojos y me topo con una mirada marrón intensa y un pelo oscuro que cubre todo mi rostro. Esos labios pequeños pero hermosos se curvan en una sonrisa.

—Despierta —es la voz de mi hermana.

—¿Helena? —consigo decir

Ella me abraza fuertemente.

—Te quiero —dice

Y entonces todo vuelve a tornarse oscuro.

El ruido de los monitores es lo primero que escucho cuando abro los ojos. Me encuentro entumecida, me duele la cabeza y tengo la boca seca.

—Despierta dormilona

Sonrío inconscientemente cuando escucho su voz. Giro el rostro y me topo con Yoel. Está sentado en una silla y tiene buen aspecto. Comienzo a llorar, no puedo controlarlo.

—No llores

—Pensaba que estabas muerto —comento entre llantos

Yoel se acerca y me acaricia la mano.

—Y casi muero —comenta —la bala me dio en el estómago y estuve tres segundos muertos, pero aquí estoy y me he recuperado antes que tú.

—¿Cuánto ha pasado? —un torbellino de imágenes arremeten en mi mente y noto un dolor en el pecho

—Ocho días

Las palabras no salen de mi boca, y me sobresalto cuando recuerdo el dolor que sentí al recibir el disparo. Me cubro la cara con las manos y continuo llorando.

—Ya está, ya ha pasado —dice Yoel intentando consolarme.

Se sienta al filo de la cama y me acuna en un cariñoso abrazo.

—Has estado despertando y tan sedada que no reaccionabas

—¿Y Ana? —pregunto al recordar.

—Ana está bien. No te preocupes...

Lo miro e intento sonreír, no logro entender cómo lo hemos hecho para salir con vida.

—Necesito que me expliques qué pasó, cómo supiste donde estaba.

—No es el momento—comenta Yoel

—Sí, lo necesito —le ruego mirándole directamente a los ojos. He de hacer un enorme esfuerzo para mantenerme despierta, la medicación me tiene atontada.

—Cuando leí tu mensaje temí lo peor. Llamé al hermano de Ana y él me acompañó hasta casa de su hermana. Por suerte tenía una copia de las llaves, así que entramos y hallamos a Ana en su cama. Tu bolso y tus cosas estaban desparramadas por el suelo y cuando le enseñé la foto él me dijo que era Eli, vuestra amiga. Llamamos a la policía pero no pude esperar, sabía que si estabas en algún lugar era ese sótano, así que le dije que le explicara a la policía donde estábamos y fui a buscarte.

—Casi te matan por eso... —dije enfadada.

Yoel sonrió.

—Casi nos matan...pero mira. Finalmente se ha hecho justicia, César recibió un disparo en la pierna y cuando salga del hospital irá a

prisión. Entre otras cosas han encontrado las suficientes pruebas como para imputarlos.

—Y pensar que en algún momento se me cruzó por la mente que tú tuvieras algo que ver...

Yoel frunció el ceño.

—¿De verdad?

—Hombre...fue conocerte y comenzar a sentirme perseguida.

—A ver, señorita. ¿Y no pensaste que te comenzaron a perseguir porque comenzamos a investigar?

Decido no contestar y arrugo la frente pensativa.

—¿Así que irán a prisión?

—Sí, pero aún nos queda un camino largo, habrá que testificar y ya sabes que la justicia va lenta.

Abro los ojos, se ha hecho justicia. Esa palabra resuena en mi mente, finalmente lo hemos conseguido.

—¡Cariño!

Levanto la vista y me topo con la mirada de mi madre y entonces exploto en un llanto de pura felicidad.

# Un año después

—Las cosas han mejorado. Por suerte he podido seguir adelante y aunque todavía tengo pesadillas...lo estoy superando. —Saco un pañuelo y me enjuago las lágrimas —Nunca imaginé que podría volver a ser yo misma...pero tengo algo que decirte. Estoy embarazada. Aún es pronto...nadie más que tú y Yoel lo saben, pero tengo el presentimiento que todo saldrá bien.

Coloco las flores en su sitio y tiro las viejas a la basura.

—Sigo echándote de menos cada día de mi vida, hermana.

—Vamos, se va a poner a llover —comenta Yoel.

Me agarra de los hombros y me ayuda a ponerme en pie. Me agarra de la barbilla y me beso delicadamente los labios.

—Si es una niña quiero que se llame Helena

Sonrío emocionada.

—¿Y si es un niño?

—Tengo el presentimiento de que no será un niño

Comenta mientras nos alejamos de la tumba en la que descansa en paz mi hermana.